HUMBERTO MUÑOZ RAMIREZ

SOCIOLOGIA RELIGIOSA



EDICIONES PAULINAS

SOCIOLOGIA RELIGIOSA DE CHILE

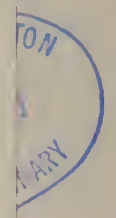
por *Humberto Muñoz Ramírez*

El conocido sacerdote Humberto Muñoz, antor de varios libros de temas religiosos y sociales, ofrece a la reflexión del público el *primer ensayo de sociología religiosa chilena*. No ha pretendido entregar un panorama completo y acabado de la situación religiosa del país. La finalidad que se ha propuesto es más inmediato; dar a conocer esta rama especializada de la sociología general; y, al mismo tiempo, estimular a sacerdotes y laicos en la preparación del material monográfico, imprescindible para estructurar el futuro mapa religioso de Chile.

La primera parte está dedicada a estudiar algunos aspectos de la realidad religiosa de Chile. Con abundancia de datos y porcentajes sobrecogedores, introduce al lector en el laberinto de problemas y fenómenos religiosos que afligen a nuestro catolicismo: el avance del protestantismo, la precaria situación de las parroquias ciudadanas y campesinas, la escasez de vocaciones, el aporte del clero, nacional y extranjero, en la solución de estos problemas; todo esto relacionado con los factores sociales: económicos, geográficos, históricos.

En la segunda parte, el autor, da a conocer el método de trabajo usado por el Prof. Gabriel Le Bras, especialista de Sociologia Religiosa, en la Sorbona de París. Esta parte reviste una importancia extraordinaria, por cuanto allí encontramos los elementos básicos de un estudio serio acerca del estado religioso de una diócesis y de la religiosidad rural etc. Finalmente analiza la parroquia como "mundo viviente", como "persona jurídica", y como "ser histórico".

La Editorial San Pablo, lo presenta al público al cumplir diez años de labor editorial en Chile, con la certidumbre de servir así los ideales superiores de la Iglesia y de las almas, y dar una contribución eficaz al apostolado católico en nuestra Patria.



SOCIOLOGIA RELIGIOSA

Humberto Muñoz Ramírez

SOCIOLOGIA RELIGIOSA

DE CHILE



EDICIONES PAULINAS

San Felipe, 9 de julio de 1956.

Visto el informe del Censor nombrado R. P. Fr. Enrique I. Aedo A., mercedario, autorizamos la impresión y publicación de la obra titulada "SOCIOLOGIA RELIGIOSA" de la que es autor el Párroco de San Esteban, Pbro. Dr. D. Humberto Muñoz Ramírez.

Tómese razón y comuníquese.

-- Fr. Roberto B. Berríos G.
Obispo de San Felipe.

Humberto Vivas
Pro-Secretario.

Reg. a fs. 237 del
Libro de Licencias.

EDICIONES PAULINAS

Av. Bdo. O'Higgins, 1626 — Casilla 3746 — Santiago-Chile

SOCIOLOGIA RELIGIOSA

La sociología religiosa, tal como su nombre lo indica, es una rama especializada de la sociología en general. Relativamente nueva, ha despertado de inmediato la atención de diversos sectores de estudiosos, desde el historiador o psicólogo que lo hace por fines puramente científicos, hasta el pastor de almas que espera encontrar allí luces y directivas para sus empresas apostólicas. En todo caso, la sociología religiosa se presenta como una disciplina perfectamente científica que viene a llenar un gran vacío, cual es el de explicar, desde el punto de vista sociológico, los fenómenos religiosos colectivos. Gabriel Le Bras llega a decir: "Nuestro mundo moderno, yo diría aún nuestra historia occidental, no es inteligible, a no ser que la parte de la religión en la vida de las masas esté claramente definida".

Pero, ante todo ¿es posible estudiar sociológicamente la vida religiosa? Porque la religión se vive en el plano de lo sobrenatural, donde los conocimientos humanos no alcanzan, y además de eso, y dificultando más la tarea, la verdadera religiosidad está en un contacto íntimo del alma con Dios, lo cual escapa, evidentemente, a las mejores encuestas del investigador. Todo eso es cierto, y por lo tanto el sociólogo religioso no pretende entrar en el santuario del alma, lo que, además de imposible, sería una profanación. Pero la vida

religiosa tiende a manifestarse al exterior en diversas formas, y esas manifestaciones externas ya son posibles de observar. Por lo demás, a ninguna ciencia le interesan los casos particulares, sino los principios generales, vale decir, en el caso presente, las reacciones colectivas de los diversos grupos religiosos. Y el P. de Grandmaison ha podido decir: "En el sentido propio de la palabra, no hay religión personal: cada uno de nosotros piensa y practica con su grupo". Y por eso la sociología religiosa estudia los fenómenos religiosos de los diversos grupos sociales.

Es evidente que, en último término, la intensidad de vida religiosa, tanto de los individuos como de los grupos sociales, depende de la libre determinación de Dios, de una parte, y de la libre correspondencia del hombre, por otra. Pero no olvidemos que Dios actúa de ordinario a través de las causas segundas, y no hace milagros a cada momento. "Así que la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Dios" (Rom. 10, 17); y de otra parte, la libertad del hombre no es absoluta, sino que está influenciada por mil circunstancias. Y así sucede que quien nace en un país cristiano, y se le educa cristianamente, tiene gran probabilidad de llegar a ser él también cristiano; y al revés, quien nace en Egipto, por ejemplo, tiene las mayores probabilidades de llegar a ser mahometano. Y lo mismo se diga de las épocas históricas: quien vivió en el siglo XIII en Francia, tuvo muchas más probabilidades de ser un fervoroso católico, que quien vivió en el siglo XIX. A lo que hay que agregar los diversos estilos de religiosidad. El catolicismo no tiene la misma vibración en Oriente que en Occidente, y dentro de la misma Europa, una es la manera de ser de los católicos italianos, otra la de los españoles,

y otra la de los alemanes y polacos. Es evidente que el origen de todas estas diferencias tiene una causa de orden sociológico, de honda raigambre histórica, ya que el Evangelio eterno es el mismo para todos.

La sociología religiosa no pretende enseñarnos nada respecto a la esencia misma de la religión, ya que eso le compete a la teología, sino explicarnos los fenómenos circunstanciales en medio de los cuales se desarrolla la vida religiosa, para explicarnos así las altas y bajas del nivel, y los diversos matices de espiritualidad.

Gabriel Le Bras, profesor de sociología religiosa en la Escuela Práctica de Altos Estudios (Sección de Ciencias Humanas), y en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París, ha publicado recientemente (1955) un libro titulado "Etudes de Sociologie Religieuse", tome premier, Sociologie de la practique religieuse dans les campagnes francaises". El segundo tomo, que será dedicado a las ciudades, todavía no aparece. Pues bien, este libro, a pesar de estudiar un país tan lejano y diferente del nuestro, puede servir perfectamente de inspiración para iniciar el estudio de algo que podríamos llamar sociología religiosa chilena. La importancia del libro de Le Bras reside precisamente en su misma imperfección: no se trata de algo acabado, ni siquiera de un ensayo, sino de un simple esbozo de temas que él sugiere a los estudiosos franceses, a fin de que, tratados en miles de monografías, se prepare así el material para llegar a la interpretación del catolicismo francés, tan discutido y discutible. La sociología religiosa es una ciencia empírica. Debe comenzarse entonces por innumerables constataciones de hechos, clasificarlos después, y sólo entonces aventurar una hipótesis interpretativa. La sociología

religiosa está dando recién los primeros pasos. Baste decir que las 394 páginas del libro de Le Bras no hacen otra cosa sino abrir horizontes e indicar métodos de estudio.

El hecho que ha servido de punto de partida a Le Bras es la publicación del "Mapa Religioso de la Francia Rural", por Fernando Boulard, con la colaboración del propio Le Bras. A esto se agrega otro mapa, "Geografía eclesiástica actual (del protestantismo francés)", por E. G. Léonard. Estos mapas muestran las religiones en que se agrupan los católicos, la intensidad de su vida religiosa, tomando como base el número de los que cumplen con la comunión pascual en cada vicaría foránea, y también las regiones en que se agrupan los protestantes. La tarea que plantea Le Bras, y para la cual pide la colaboración de historiadores, antropólogos, psicólogos, etc., es la de explicar por qué el catolicismo florece más en algunas regiones y decae en otras, encontrar las raíces del diferente ritmo religioso de las diversas provincias de Francia. Mira en todas direcciones y no quiere omitir ninguna posible explicación: la geografía, el clima, el panorama, le sugiere un argumento en favor de la mayor religiosidad de los bretones, en oposición a los campos alegres y acogedores en donde parece más fácil desentenderse de Dios. Va también a los ancestros más remotos e investiga las razas primitivas que poblaron la Francia y las sucesivas inmigraciones. Considera el influjo malsano de las grandes ciudades, y el obstáculo que una selva o un monte oponen a las corrientes ideológicas. Constata hechos curiosos como éste: las regiones cercanas a las grandes abadías medievales son religiosamente frías, como si la decadencia de ellas hubiera contagiado a todas las parroquias vecinas que en un tiempo dependieron de la aba-

día. Señala el diverso impacto que la Revolución Francesa o el jansenismo hicieron en regiones que opusieron una resistencia muy diferente. Los temas son en extremo apasionantes, y sentimos una fuerte tentación de abanderizarnos por alguna de las hipótesis más probable, por un simple juicio a priori, sin aguardar a que la contestación nos la proporcione un estudio serio y documentado.

Quizás nada dará mejor idea de lo que es este libro —simple colección de artículos de revistas y conferencias, por lo demás— que la enumeración de algunos títulos de otros tantos capítulos:

—Obligación jurídica de practicar la religión cristiana en el último siglo del Antiguo Régimen.

—Organización de la diócesis de Auxerre en la época merovingia.

—Control de la práctica religiosa en la diócesis de Ruán durante el episcopado de Colbert.

—Vitalidad religiosa de la Bretaña desde sus orígenes hasta nuestros días.

—Sobre la historia de las cruces rurales.

—Para el estudio histórico de la parroquia rural.

—Encuesta sobre las visitas de parroquias.

—Estado y valor de las fuentes en las diferentes fases de la práctica en Francia.

—Transformaciones religiosas del campo francés desde fines del siglo XVII.

—Comentario sociológico de los mapas religiosos de Francia.

—Influencia de las estructuras sociales sobre la vida religiosa en Francia.

Demás estará decir que en Chile todavía no se puede ni esbozar un temario de este tipo. Tenemos que comenzar por algo mucho más modesto: una simple lista de temas que valdría la pena estudiar en otras tantas monografías. Si la obra

de Le Bras puede considerarse un simple esbozo, esto que yo pienso hacer aquí, sin una vida consagrada a este tema como en el caso de Le Bras, sino con una pequeña experiencia pastoral, no puede pasar de ser sino una modestísima sugerencia. Y quizás sea superfluo advertir que no pretendo sentar cátedra, ni siquiera hacer afirmaciones, sino únicamente proponer temas de estudio. Podremos pensar en una verdadera sociología religiosa cuanto tengamos cientos y aún miles de buenas monografías.

Estudiantes de teología, leyes, pedagogía, servicio social, agronomía, economía, medicina, etc., podrían encontrar aquí excelentes temas para sus memorias.

EL MAPA RELIGIOSO DE CHILE

No he visto nada que aún de lejos se asemeje a esto, ni siquiera algún mapa general que, en vez de estar dividido por provincias civiles, lo estuviera por diócesis, y mejor aún, subdividido por parroquias. Esa ubicación geográfica, grosso modo, sería ya un primer paso. Pero después vendría el llenar el mapa de colorido, de acuerdo con la mayor religiosidad de cada parroquia, por ejemplo. Algo semejante a lo que ha hecho Ricardo Cruz Coke, en su "Geografía Electoral de Chile", en un terreno muy diverso. Claro que los datos electorales son muy fáciles de conseguir; no así los de la práctica religiosa. Pero sí sería muy fácil, a base de los datos del censo, hacer un mapa religioso, indicando el porcentaje de católicos, de protestantes, de judíos, de incrédulos, etc. Me imagino que todos los censos efectuados en nuestra patria, y ciertamente los últimos, se han encargado de consignar la religión de cada ciudadano. Las constataciones serían de inapreciable valor. Si se confecciona un mapa con los datos de cada censo, se puede seguir exactamente el progreso de cada rubro. Comparaciones entre campo y ciudad son de gran importancia. Es evidente que al censo no le podemos conceder un valor absoluto; pero constituye, sin duda, el dato más serio que poseemos para confeccionar estas estadísticas.

Un ejemplo puede hacer ver la importancia

de estos estudios. El censo de 1940 arrojó un total de 117.502 protestantes, y el de 1952, de 240.856, lo que da un aumento del 105% en 12 años. De seguir este ritmo de crecimiento, dentro de 50 ó 60 años todo Chile será protestante. Pero el crecimiento no es uniforme en todo el país. Tarapacá y Magallanes, las provincias extremas, acusan una disminución que yo no sabría explicar, y sin embargo, tiene que existir una causa. También es digno de notarse que en aquellas provincias en que el protestantismo partió con gran éxito, como Cautín, Valparaíso y el mismo Santiago, ahora este crecimiento está relativamente detenido. En cambio las pacíficas provincias agrícolas que se habían mantenido casi inmunes, como Curicó y Maule, ahora acusan un crecimiento desproporcionado. Y vienen entonces las explicaciones. ¿Nos encontramos ante una ofensiva protestante de tipo rural? O bien, después de un pequeño éxito inicial, el avance protestante encuentra una barrera natural? Son temas de apasionante interés y de indiscutible utilidad práctica. (Ver el artículo "Situación del protestantismo en Chile", en "Mensaje" de junio de 1956).

El porcentaje de católicos en Chile es del 89,5%; pero es evidente que no está igualmente repartido en todo el territorio. Sería interesante saber dónde hay más y dónde hay menos católicos. Tradicionalmente se ha pensado que los campos son más religiosos que las ciudades. Ahora yo he observado que en vacaciones, cuando viene al campo la gente de la ciudad, la iglesia es más frecuentada. ¿Significa eso que hay una gran reacción religiosa en la ciudad, o bien que el campo ha decaído tanto que ha sido superado por el pésimo catolicismo de la ciudad? Y puede ser también que esta observación mía no corresponda a

un hecho general, sino de excepción. Pero en todo caso, seguir la curva de las estadísticas, y tratar de encontrar la causa de sus variantes, es una tarea de valor. La misión del sociólogo religioso es traducir la frialdad de las cifras en apasionantes problemas.

Mas, este trabajo de buscar las estadísticas de los diversos censos, no sería el más difícil. Habría que encontrar un termómetro que midiera, en cierto modo, el grado de catolicismo de ese 89,5% de nuestra población. En Francia, Boulard dividió las parroquias en tres categorías, de acuerdo a la clasificación de la célebre obra "Problemas misionales de la Francia rural". En la letra A se colocaron las parroquias en que a lo menos el 45% de los católicos adultos cumplían con la comunión pascual. Cuando el porcentaje bajó de ese 45%, se la colocó en la letra B; y cuando en la parroquia había a lo menos un 20% de niños no bautizados o no catequizados, se le dió la letra C. En otras palabras, la A corresponde a las parroquias en que predominan los católicos prácticos, la B a lo que en Francia llaman el "conformismo estacional", es decir, los que van a la iglesia cuatro veces en la vida: nacimiento, primera comunión, matrimonio y muerte. Y en C, sencillamente los que no practican.

¿Podríamos emplear en Chile esta misma clasificación? Me temo que todas las parroquias quedaran en la letra C y eso no sería justo. Sabemos que en Chile la práctica de la religión es muy débil. Las encuestas que nos muestra el Padre Hurtado en su libro "¿Es Chile un país católico?" son a primera vista deprimentes. Pero es evidente que el pueblo chileno tiene muchas atenuantes. Se dice que en las buenas parroquias apenas el 10% de la población asiste a misa los domingos; pero

no se ha sacado el cálculo de los que están legítimamente impedidos de asistir. Las distancias son en el campo un obstáculo casi insalvable (¿Cuál es, al fin, la distancia que dispensa de la asistencia a Misa?) y más todavía el régimen de inquilinaje que, al ocupar al obrero agrícola durante toda la semana, no le deja otro día que el domingo para el cultivo de su cerco. Las misas en la tarde están dando muy buen resultado; pero sólo hasta cierto punto.

Por otra parte, y esto es sin duda lo principal ¿cómo se puede exigir al pueblo que practique una religión que casi no conoce? Y ¿cómo se puede exigir a un cura que enseñe en diez escuelas repartidas en muchos kilómetros a la redonda? En resumen, mi opinión es que en Chile, una parroquia con un 20% de feligreses que comulguen siquiera una vez al año, se puede considerar como buena parroquia, letra A. No importa que esta comunión sea para la Purísima, las misiones o el día del santo patrono. Otros criterios de clasificación podrían ser la asistencia a misa, el pago del dinero del culto, el número de primeras comuniones o de asistencia a moribundos. No puede haber en esto un criterio absoluto y me parece que la norma francesa, a base de la comunión anual, es la más acertada. Con menos del 20% de comulgantes habría que colocar la letra B, y para la letra C bastaría sólo un 10%, o menos, de no bautizados, caso muy poco frecuente en Chile, y no se consideraría sencillamente a los no catequizados, porque eso no corresponde a mala voluntad de los padres, sino más bien a imposibilidad del párroco de hacer clases de religión. Si de las clases de religión que de hecho se hacen, se eximiera un 10%, entonces sí que habría motivo de colocar la letra C; pero me parece que ese caso es muy

raro. Hasta los hijos de protestantes asisten con mucho gusto a clases de religión. En Chile, en general, no se practica la religión, no por razones de orden positivo, como doctrinas contrarias o mala voluntad, sino más bien por ignorancia y falta de oportunidad. (¿Qué porcentaje se confiesa y comulga en las misiones de los hospitales o de los fundos?).

Puestos de acuerdo sobre el criterio que se emplee, habría que lanzarse a la tarea de realizar una encuesta general en todas las parroquias del país. ¿Se puede confiar en la imparcialidad de los párrocos? Creo que sí. Hay una tendencia general a aumentar un poco los datos, sobre todo cuando se aprecian a ojo de buen varón; pero si se tiene el cuidado de contar las hostias o el número de veces que se llena el comulgatorio, se llegará a un resultado bastante aproximado. El ideal sería contar con personas especializadas, a ser posible sacerdotes, que fueran parroquia por parroquia, y solicitaran directamente los datos. Esos cuestionarios que llegan por correo se arrojan fácilmente al papelero o se contestan de cualquier manera.

Pero tenemos aquí también el problema de las distancias. Quienes viven en fundos lejanos y no tienen misiones ni capilla ¿están dispensados de la comunión anual? Uno encuentra a veces, en lugares apartados, gente muy religiosa, de rosario diario, por ejemplo; pero que sólo a la hora de la muerte puede comulgar.

Es muy peligroso adelantar juicios; pero se me ocurre que la fisonomía del mapa religioso de Chile aparecerá más o menos así. Todo el centro del país, vale decir, la zona que comienza con Aconcagua y sigue con el Valle Central, será la más religiosa. A medida que nos alejemos a los extremos el fervor irá disminuyendo. En las ciu-

dades sucederá una cosa semejante: los barrios burgueses serán los más católicos y los obreros los más abandonados. A pesar de tanta parroquia nueva, todavía no es posible la buena atención de los suburbios. En la línea descendente hacia el sur, es posible que Ancud signifique una excepción, por lo mismo que es más antiguo, más tradicional. En cambio Aysén y Magallanes, me parece que son simplemente países de misiones. Aunque es evidente que dentro de una misma diócesis puede haber grandes diferencias, no solamente entre campo y ciudad, sino también entre parroquia y parroquia.

No es ciertamente indispensable que se llegue de inmediato al mapa de todo Chile. Se puede comenzar el trabajo en algunas diócesis, y las mismas críticas que se hagan a esos trabajos, servirán de experiencia para investigaciones futuras. En todo caso, mientras no tengamos este mapa, viviremos prácticamente a ciegas respecto de nuestra realidad religiosa. Hombres como don Vicente Monje, que han dedicado una buena parte de su vida al estudio de la geografía religiosa, tienen ya, sin duda alguna, muy adelantado este trabajo del futuro mapa religioso.

LA DIMENSION GEOGRAFICA

Mientras no tengamos el mapa religioso de Chile, no será posible hacer un elenco de los problemas que ese mismo mapa suscite. Sin embargo, hay que comenzar de alguna manera, y desde ya podemos ir confeccionando una lista, siquiera sea provisoria, de problemas que piden una acuciosa monografía. Y para poner algún orden en esta lista de temas que se deberían estudiar, daremos un doble corte en este imaginario mapa religioso. El primero será horizontal, de tipo geográfico, para ir viendo, de norte a sur, las características de las diversas zonas de nuestro territorio. El segundo corte, en cambio, será más bien de carácter histórico, como una línea vertical que nos aporte datos extraídos de las profundidades del pasado.

El Norte Grande se compone de tres zonas perfectamente delimitadas, tanto en lo geográfico como en lo religioso: la costa, la pampa y la cordillera. En la costa están las grandes ciudades que son también puertos. Durante mucho tiempo, ha sido la única zona con recursos religiosos. Los pocos sacerdotes que vivían en el Norte se concentraban, naturalmente, en estas ciudades. Por otra parte, el predominio de extranjeros no católicos y la falta casi absoluta de tradición, tanto chilena como cristiana, dió un aspecto muy débil al catolicismo nortino. Uno no se explica, a no ser por motivos de chilenidad, el que no hayan sido de-

clarados territorios de misiones. Lo cierto es que, la débil religiosidad, trae consigo una débil moralidad... aunque un párroco de la región me aseguraba que en realidad no se trataba de inmoralidad, sino de amoralidad.

Ya en plena pampa, y siempre al lado occidental de la cordillera, está la larga fila de las oficinas salitreras. Son obreros provenientes del sur, en los famosos enganches, y que ya se han adaptado perfectamente a la vida del desierto. Allí todo es artificial. La compañía es la dueña de todo, hasta de la Iglesia. El chileno del sur, al ser transplantado a éste nuevo ambiente y no encontrar allí la asistencia religiosa adecuada, es natural que olvidara la práctica de la religión. Y cosa curiosa, se conservaron, o mejor revivieron, aquellas prácticas religiosas de fuerte acento indígena, como los "bailes chinos". En la fiesta de La Tirana, por ejemplo, se juntan bailes de todo el norte, y también desde Bolivia, lo cual es natural, porque son costumbres netamente incaicas que han revivido en Chile. Los nombres de estos bailes corresponden, por lo general, a las diversas tribus de los indios bolivianos, aún cercanas al Brasil. (Benjamín Subercaseaux, en su Loca Geografía, da el uso de la palabra "china", para designar a la mujer del pueblo, como un argumento de nuestro origen oriental. Pero no hay tal: se trata de una reminiscencia del tiempo de los incas. "China", en quechua, significa hembra, y se usa también para los animales. Por ejemplo, puma es león, y chinapuma, leona). En todo caso, será de alto interés, estudiar los vestigios incásicos en la piedad popular nortina.

Por las duras condiciones de la vida de las salitreras y de los minerales (Chuquicamata), por la explotación de que fueron víctimas en años atrás, por el carácter bravío del pampino, por el desper-

tar de la conciencia social que produjo en ellos el León de Tarapacá, por la ausencia de una solución cristiana al problema social, por el abandono religioso, era natural que el obrero de esa zona fuera muy trabajado por el comunismo. Junto a las minas del carbón, fueron los dos reductos mayores del comunismo en nuestra patria. Hoy en día, sin embargo; la situación tiende a mejorar notablemente. Hubo en Iquique y Antofagasta prelados de gran popularidad como Mons. Caro, Labbé y Silva Lezaeta; políticos como Eduardo Frei lograron encauzar dentro de las doctrinas sociales de la Iglesia las aspiraciones de los obreros, y por encima de todo eso, congregaciones de religiosos, entre las que sobresalen los oblatos canadienses que, con gran celo apostólico y modernas técnicas pastorales, están recuperando rápidamente para Dios toda esa región. Esto, en las líneas generales; pero hay párrocos cuya vida raya en lo legendario, como el canadiense Terrien o el belga Van de Cotte que, desde el oasis de Huara, incursionaban un largo trecho de la frontera boliviana.

Y al pasar a la tercera zona, la cordillerana, observamos de inmediato una casi total ausencia de sacerdotes. Las tres parroquias del altiplano chileno en el departamento de Arica, son atendidas esporádicamente por el capellán militar de la I.ª División del Ejército. Es una tradición establecida por Mons. Edwards y que honra grandemente a los capellanes militares. Apenas es suficiente para el mantenimiento de la fe, mas no para su cultivo. Y lo mismo se puede decir de los numerosos valles cordilleranos que caen de la frontera con Bolivia y mueren en la pampa. Sus habitantes son de una raza indígena que habla quichua o aymará, y van con más facilidad a vender sus productos

a Oruro, que no a Iquique o Antofagasta. Las capillas datan de los primeros tiempos de la Colonia, y son visitadas una vez al año, por el sacerdote venido de la ciudad, y ahora de la pampa, con motivo de la "fiesta" del santo patrono. Es un típico territorio de misiones, de muy difícil atención por la escasa población y las enormes distancias. El cultivo de este largo territorio de población indígena, no sólo redundaría en bien de la Iglesia, sino también de Chile.

El Norte Grande está dividido en dos provincias civiles y en dos diócesis eclesiásticas cuyos territorios se corresponden exactamente. A pesar de sus rasgos comunes, existen entre ambas algunas diferencias. La provincia de Tarapacá es de origen peruano, y la de Antofagasta, a lo menos en parte, boliviano. Tenemos que confesar que, desde el punto de vista religioso, no ha sido del todo beneficioso a Tarapacá su incorporación a Chile. Después de la guerra del 79, se retiró el clero peruano, y no fué sustituído de inmediato, y ni aún lo es ahora en parte, por el chileno. Muchas parroquias que tuvieron sacerdote hasta el día de la guerra, se han mantenido acéfalas hasta hoy. ¿Causas? Ya las sabemos: la escasez de clero, lo que hoy se va remediando poco a poco, gracias, en gran parte, al aporte extranjero. Tampoco ha sido posible la asimilación perfecta de la masa de la población. No sólo en Arica se encuentran peruanos que no quieren ser chilenos por ningún motivo, sino que en pueblos como Pica, tan al interior, hay familias que mantienen su peruanidad y que también al sacerdote chileno miran como a un extranjero. ¿Habría sucedido lo mismo si buenos y abundantes sacerdotes hubieran cultivado esos campos?

En Antofagasta la penetración boliviana fué mucho más débil, a no ser en las cercanías con la

actual frontera. Aun en Cobija, el único puerto boliviano, la población altiplánica era mínima. Hay actualmente muchos bolivianos en la pampa; pero llegan siempre como extranjeros. Sólo en los pequeños poblados de la cordillera están en casa propia. En cambio la cultura atacameña parece conservar por aquí fuertes vestigios. Pueblos como San Pedro de Atacama, que meceren tener, como efectivamente lo tienen, un arqueólogo como párroco, pueden considerarse como capitales arqueológicas de Chile. Son territorios desconocidos para los chilenos: solamente los extranjeros los visitan por motivos científicos y apostólicos. Y sin embargo, a esas alturas, está en cierto modo la cuna de la Iglesia chilena, no solamente por el paso de la expedición de Almagro, sino por las florecientes cristiandades de que nos dan testimonio las antiquísimas iglesias. ¿Qué sabemos de la religión de los atacameños, del culto al sol (inti) y a la tierra (pachamama) de parte de los quechuas, y de la implantación de la Iglesia en el siglo XVI? Y sin embargo, allí puede estar la explicación de muchas modalidades religiosas de la pampa.

El Norte Chico, que comprendía hace poco la arquidiócesis de La Serena, ha visto ahora poco el desmembramiento de la Prelatura Nullius de Copiapó, correspondiente a la provincia de Atacama. La patria de los Matta y de los Gallo ha quedado marcada con el sello del anticlericalismo. La depresión general, proveniente del decaimiento de la minería, parece que ha envuelto a la misma Iglesia. Todo allí da una impresión de atraso y achatamiento. Los sacerdotes no viven en la pobreza sino en la miseria, y se diría que aún socialmente son menospreciados. Ese fenómeno tan conocido del masón o radical que era un don nadie en Santiago y llega a provincia convertido en au-

toridad y que se siente obligado a combatir a los curas, parece que en esta región se acentúa. Hay autoridades departamentales que pasan de la mala educación a la grosería en sus relaciones con los prelados de la Iglesia. Y no es que el clero no valga. Los pocos sacerdotes chilenos del clero secular y los franciscanos belgas trabajan con tezón; pero se les suele ver con frecuencia aplastados por el ambiente. El franciscano belga vino con la ilusión del misionero, y se encuentra con un país cristiano que no sabe cómo entender.

Pero el anticlericalismo ha hecho ya su crisis. Se agotó a sí mismo y ahora la gente vive en una indiferencia religiosa de tipo negativo que muy bien hace posible un resurgimiento espiritual. Quizás sólo en la Iglesia se encuentra la potencia vital que ponga una nota de optimismo en el decaimiento general. Todos tienen allí la psicología del minero, recuerdan las épocas de grandeza del siglo pasado, cuando se inició, por ejemplo, entre Caldera y Copiapó, el primer ferrocarril del Emisferio Sur. Ahora la pequeña minería no tiene grandes perspectivas y la misma fundición de Paipote no alcanza a entonar la economía.

Y la provincia de Coquimbo, más agrícola que minera, participa también de esa somnolencia del Norte Chico. Ojalá que siquiera los masones atacaran la Iglesia, para ver alguna reacción de parte de los católicos, suspiraba un distinguido sacerdote.

Así como los "bailes chinos" del Norte Grande tienen su Meca en la Tirana, los del Norte Chico se reúnen en Andacollo para el día de Navidad. Se preparan los chinos con meses de anticipación haciendo fatigosos ensayos y llegan peregrinos de todas partes para cumplir mandas espectaculares. Es sin duda encomiable, ese deseo de la Iglesia de no condenar sin discriminación esa religiosidad

tan mezclada de indigenismo y superstición; pero me parece que en la práctica, no se ha tenido pleno acierto en la manera de encauzarla. El inmenso templo se llena de una algarabía espantosa que solamente se logra contener, a duras penas, durante las dos largas pontificales del mismo día. El ambiente pide a gritos una cosa más popular, con mucho catecismo y mucho canto. Son pocos los que saben persignarse y menos aún los que saben rezar. Basta contemplar por un momento el desfile frente a la imagen de la Virgen.

Además de los vestigios del incario, hubo aquí una floreciente cultura diaguita que sin duda ha dejado abundantes huellas en el folklore. En la otra banda de la cordillera se han hecho importantes estudios sobre el folklore diaguita y calchaquí que muy bien pudiera corresponder al del Norte Chico. Quizás los curas de campo, perdidos en pequeñas aldeas, son los únicos hombres con cultura suficiente para emprender estudios antropológicos y folklóricos que, juntamente con ocupar los inevitables ocios de la parroquia campesina, les sirvieran para escribir monografías de sociología religiosa. La anquilosada pastoral que se estudió en el seminario adquiriría nuevas dimensiones. Y quizás si alguno llegara a descubrir algún rincón donde todavía se hablara "kakán", la antigua lengua de los diaguitas, según los cronistas de la Colonia. Si en pleno siglo XX se encontró personas que todavía hablaban el "cunza" en el pueblo atacameño de Peine, bien podría hacerse un descubrimiento equivalente en el Norte Chico.

Si observamos el aumento del protestantismo entre 1940 y 1952, fechas de los últimos censos, observamos que de Santiago al Norte el protestantismo avanza, sí; pero a un ritmo mucho menor que en el resto del país, y que aún en Ta-

rapacá disminuye. La única excepción es Coquimbo con un aumento del 172%, algo muy superior al término medio nacional que es el 105%. Tiene que haber una explicación de esta anomalía.

El valle de Aconcagua sirve de puente entre el Norte y el Valle Central, también en lo que a la religiosidad se refiere. Sin la aridez espiritual del Norte, participa algo de su achatamiento. Estamos ya en pleno centro de Chile, con su profunda tradición religiosa; pero hay algo que impide su pleno desarrollo. La diócesis de San Felipe es, sin duda, la mejor provista de clero de todo Chile. Su vecindad con las dos grandes ciudades de Santiago y Valparaíso, parece haberla empequeñecido en vez de estimularla. Si los incas llegaron esporádicamente hasta el Maule, parece que la colonización llegó solamente hasta el valle de Aconcagua. A la estación de Pachacama, que está entre Llay-Llay y Calera, habría que darle en castellano una traducción equivalente a las célebres "marcas" del Imperio Romano. Quedan vestigios del Camino del Inca, los inconfundibles "bailes chinos" e innumerables palabras quichuas en el idioma popular, ese que nos transmite la "mama" que nos crió. Se habla de "nana" en vez de herida, de "tata" y "guaina" en vez de padre y joven, se tira la "geta", se comen "chunchules", se pide la "yapa", se arroja el "pucho" del cigarro, se saca la "coronta" del maíz, se comen "humitas", etc., etc., todo esto con una mayor frecuencia que en el Sur. Hay valles apartados, como Chincolco y Putaendo, de un catolicismo granítico. Este último ha producido una gran cantidad de los sacerdotes y religiosas de la diócesis. Junto con Lolol en el Valle Central, es un vivero vocacional. Hubo un apóstol que ha dejado huellas en casi toda la diócesis: el Cura Gómez, de múltiple actividad y de acción permanen-

te que se ve todavía. Es el único sacerdote chileno a quien han erigido dos èstatuas (en San Felipe y Gorbea, sus dos parroquias). Y en el clero actual, se destaca don Benjamín Astudillo (Bernardo Cruz Adler), poeta y escritor de gran calidad.

El valle de Aconcagua se prolonga geográficamente en la diócesis de Valparaíso, y llega a la misma ciudad sin que cambien las características religiosas. Quillota, por ejemplo, tiene el mismo tipo de provincialismo de San Felipe y Los Andes. Valparaíso sí que es ya una cosa completamente distinta. Aunque dejado muy atrás por el crecimiento vertiginoso de Santiago, conserva todas las ínfulas de gran ciudad. No olvida que durante todo el siglo XIX fué el mayor puerto del Pacífico, cuando San Francisco de California estaba en pañales y no se abría el Canal de Panamá. Fué un puerto inglés, vale decir protestante, y que sirvió en cierto modo de base para las misiones metodistas de toda la costa del Pacífico (Ver: Goodsil F. Arms, "History of the William Taylor self-supporting missions in South America"). El sentido práctico anglosajón se ha comunicado a toda la población porteña, y de él han participado también los católicos, que son más ejecutivos y más prácticos que en el resto del país. Algo semejante a lo que les ha acontecido a los franco-canadienses que tienen mucho de sajones, sin haber dejado de ser franceses ciento por ciento.

Apenas declarada la Independencia, se abrió el puerto de Valparaíso al comercio con el exterior, y se pobló de inmediato de almacenes y comerciantes ingleses. La ciudad todavía casi no existía, de modo que, en cierto sentido, son ellos sus creadores. Esos mismos ingleses pasaban a Santiago, que era la plaza comercial; pero allí había una ciudad constituída, y el impacto inglés y protestante fué

mucho menor, por lo mismo que la aristocracia estaba mejor preparada para defenderse de influencias foráneas. El Obispado de Valparaíso sólo se creó a raíz de la separación de la Iglesia y del Estado (1925), cuando Valparaíso había ya entrado en su ocaso. Quizás a eso se debe que no haya tenido influencia en la Iglesia chilena, sino que más bien ha vivido concentrado en sí mismo, a pesar de sus indiscutibles dotes. Bastaría citar el esfuerzo gigantesco de su Universidad Católica, que no recibe ayuda alguna del resto del país, como acontece con la de Santiago. Su Acción Católica se mantiene siempre en un plano de gran eficiencia, sea cual fuese su situación en el resto de la República. Se diría el catolicismo de esas regiones minoritarias en que la competencia obliga a una gran eficiencia. Por otra parte, Valparaíso ha tenido el triste privilegio de ser la cuna del pentecostalismo chileno. Mr. Hoover, pastor metodista de Valparaíso, de origen norteamericano, estaba imbuido de esas tendencias pentecostales que afloraron en diversas partes del mundo a comienzos del presente siglo. Pedía insistentemente a Dios, con todos sus fieles, una venida sensible del Espíritu Santo. Y efectivamente, a partir de 1906, comenzaron a verse manifestaciones de histerismo que ellos interpretaron como la venida sensible del Espíritu Santo. Las autoridades metodistas repudiaron este movimiento que consideraron como una herejía y una desviación: había nacido el pentecostalismo chileno, muy digno de estudio, no tanto por su doctrina que casi no existe, sino en sus manifestaciones externas, y en el impacto que produce en el pueblo chileno. Sacerdotes y psiquiatras tendrían mucho que decir acerca de ellos. Pero es curioso notar que Valparaíso, que a comienzos del siglo XIX, y por segunda vez a co-

mienzos del siglo XX, se manifestó como el foco mayor del protestantismo chileno, ahora acuse una población protestante inferior a la media nacional. En efecto, sólo el 3,5% de su población es protestante, mientras en todo Chile es el 4,1%. Y lo mismo puede decirse del aumento experimentado entre 1940 y 1952. El término medio para todo Chile fué del 105%, y para Valparaíso, sólo el 65,7%. Quiere decir, pues, que el avance protestante está detenido en Valparaíso, a lo menos en relación al resto del país.

En la arquidiócesis de Santiago habría que distinguir entre la ciudad y la provincia misma. La ciudad es algo único, que no tiene parangón ni siquiera con Valparaíso. La provincia de Santiago, en cambio, con sus 300.000 habitantes, podría perfectamente ser una de las diócesis agrícolas, tal como Rancagua o Linares. Y la ciudad de Santiago, con su millón y medio de habitantes, constituye por sí sola preocupación suficiente para el Arzobispado de Santiago. Mientras la arquidiócesis de Santiago tiene casi un tercio de la población del país, los otros dos tercios se dividen en 20 jurisdicciones eclesiásticas con un término medio de 200.000 habitantes cada una.

Santiago es una ciudad de contraste, tanto en sí misma como en relación al resto del país. Es en realidad una cabeza demasiado grande, que habla de un crecimiento desequilibrado que dejó muy lejos y abandonadas a las provincias. Y lo mismo parece acontecer en el aspecto religioso. La situación de la Iglesia en Santiago, con su Cardenal, su Nuncio Apostólico, su Universidad Católica, sus colegios de lujo, una aristocracia de la sangre y del dinero que se presenta como católica, el prestigio de la Iglesia frente al Gobierno, sacerdotes y laicos eminentes, todo contribuye a dar a la Iglesia, mira-

da desde Santiago, un esplendor que no se le ve desde provincia. Dueños de fundo, por ejemplo, que viven alternativamente en el campo y en Santiago, tienen un doble tipo de catolicismo, producto del doble ambiente en que viven: tradicional y liberaloide en el campo; mucho más práctico y aún social en Santiago (ayudan a veces con dinero y tiempo a obras sociales de Santiago, como el Hogar de Cristo, mientras los inquilinos del fundo yacen en gran abandono). No es solamente la gravitación de la gran ciudad sobre las provincias, sino que se diría que hay allí un catolicismo de mejor calidad y más moderno. Políticos y profesores, que en Santiago suelen mostrar amplitud de criterio y tolerancia con la Iglesia, en provincia sacan las uñas, y toda clase de objeciones de tipo siglo XIX, desde el obscurantismo de la Iglesia, hasta los escándalos clericales de "Vea" o la "Tercera" que en Santiago sólo tienen éxito en los suburbios. Todo esto hace que, mucho antes de que el Arzobispo de Santiago recibiera de Roma el capelo cardenalicio y el título de Primado de Chile, ejerciera ya un papel de rector en toda la Iglesia de Chile. El fenómeno de la gravitación civil de Santiago sobre las provincias, se repite igualmente sobre las diócesis. Toda nueva idea, toda organización debe partir desde Santiago. El eco de lo que se habla o proyecta en Santiago, repercute rápidamente en toda la República. En las diócesis no hay iniciativas. Y no es que falte el elemento humano, ya que con frecuencia son los provincianos los que gobiernan en Santiago. En lo eclesiástico, en cambio, con el arraigo del sacerdote a la diócesis de su incardinación, el campo de elección se reduce sólo a Santiago para seleccionar los jefes o asesores de los movimientos de tipo nacional, y en la práctica los obispos suelen ser, en su gran mayoría, santiagui-

nos. Agréguese que en Santiago, la elección suele restringirse a una sola clase social. Es un fenómeno sociológico muy digno de estudio. Se diría que allí se puede repetir el antiguo adagio latino: "Tu regere populos, romane, memento".

Mas no todo brilla en Santiago. La clase alta y ciertas minorías selectas de la clase media son las que constituyen lo que podríamos llamar el catolicismo oficial, lo que brilla, lo que se ve desde todo Chile. Pero el pueblo y gran parte de la clase media, llevan en los barrios populares una vida tan obscura y pospuesta como en las más lejanas provincias. El crecimiento vertiginoso de Santiago, al igual que París y otras grandes ciudades, dejó convertido el cinturón obrero en un territorio de misión. No era raro ver parroquias de 40 ó 50.000 habitantes atendidas por un solo sacerdote, es decir, desatendidas. Mientras la clase alta tenía sacerdotes hasta para que le enseñara matemáticas o geografía, los pobres no tenían muchas veces quien les hiciera el catecismo. Por eso no es posible exagerar la importancia de la creación de nuevas parroquias emprendida por el actual Arzobispo de Santiago. Es evidente que todavía no hay ni de lejos el número de parroquias que serían necesarias, es evidente también que, en cuanto a recursos económicos, los párrocos de suburbio son simples pordioseros al lado de los del centro y de los barrios altos; es igualmente cierto que estas nuevas parroquias recién se están constituyendo y que sólo ahora comienzan a dar sus frutos; pero todo eso no quita que esas parroquias sean la única esperanza de salvación para un millón de habitantes de la suburbe. Y no ha sido fácil la penetración en los barrios obreros. Dígalo, si no la J. O. C., que realiza una obra admirable desde hace más de 10 años; y sin embargo los jo-

cistas tienen toda la impresión de ser una gota de agua en un océano. Al ser trasplantado a Santiago, desde su provincia católica, el obrero perdió en gran parte su tradición ancestral. La vida de los conventillos, la prédica marxista de los sindicatos, el abandono religioso, todo contribuía a alejarlos de la Iglesia. Divisaba de lejos a los ricos que frecuentaban los templos, y llegó así a formarse la idea, que otros atizaron, de que la religión no era para él. Por otra parte, la solución de sus problemas de carácter económico era tan urgente, que no le quedaba tiempo ni interés para preocuparse de su alma. Con guardar alguna medalla o escapulario en forma de amuleto, creía ya cumplir con Dios. El Viernes Santo iba a las Tres Horas, y cada vez que moría algún conocido, iba también al cementerio después de haber pasado la noche velando su cadáver. Y sin embargo, este hombre guarda latente su fe. Basta que se le hable de Dios, que se le expliquen las cosas, que se le muestre una solución cristiana a sus problemas económicos, para que el cristianismo comience a florecer en su corazón. Pero para atraerlo a Dios no bastan las escuelas católicas ni las procesiones. El sentido de justicia social y el concepto de clase están tan metidos en el obrero chileno que, mientras la Iglesia no deje de presentarse para ellos como religión de los ricos, sino que por el contrario vaya de frente a la realización de las enseñanzas sociales de los Papas, la masa del pueblo se sentirá marginada y no se incorporará de lleno a una vida cristiana integral.

A partir de la provincia de Santiago, y quizás del valle de Aconcagua, podemos considerar, desde el punto de vista de esta sociología religiosa, un Valle Central que se extiende hasta el río Bío-Bío. Es el núcleo primitivo de la nacionalidad. Du-

rante mucho tiempo, Chile fué solamente este Valle. En la Colonia, La Serena era un puesto de avanzada en el Norte, y Valdivia y Ancud fortines y colonias separadas por la Araucanía que muchas veces dependieron directamente de Lima y no de Santiago. Y si consideramos el carácter agrícola de nuestra incipiente nacionalidad, en que la encomienda tenía más importancia que las escasas ciudades, o mejor dicho aldeas, aquí en este valle, será donde encontremos el núcleo fundamental de la Iglesia chilena. Mas aún, si en lo político Chile ha podido concebirse como un imperio con este valle por metrópolis, también acontece lo mismo desde el punto de vista religioso: desde la base de este valle, usando frecuentemente como instrumento a la propia capital, cuyos dirigentes civiles representan siempre los intereses de los descendientes de los encomenderos, la chilenidad, con su fuerte dosis de catolicismo, se ha extendido hacia los extremos del país, debilitando su influencia en relación a la distancia. Por eso es tan importante analizar un poco el catolicismo de esta región.

Pedro de Valdivia, apenas medianamente sometió a los indios, procedió al repartimiento de tierras. A pesar de las vicisitudes históricas de estos repartos, y las inevitables divisiones y subdivisiones, la propiedad agrícola conserva las mismas características de antaño: un latifundio administrado en forma patriarcal. Los encomenderos recibieron sus tierras con la obligación expresa de preocuparse de la cristianización de los indios encomendados, y cuando ya no hubo indios sino inquilinos, ni rey de España que presionara, los terratenientes —de origen español y sincero fervor católico— mantuvieron en su conciencia la obligación de preocuparse de la atención espiritual de

sus inquilinos. Cada fundo tuvo su capilla, con frecuencia misa dominical, y siempre misiones una vez al año. La autoridad del patrón no permitía uniones ilegítimas ni nada que públicamente se opusiera a la moral cristiana. Ni el párroco de campo ni menos el obispo tuvieron la influencia efectiva del patrón católico. Era una especie de real patronato en pequeño. Sin esta preocupación de los patrones, probablemente el campo no habría conservado su religiosidad. Pero esta religiosidad del campesino, con ser muy profunda y sincera, no deja de tener sus bemoles: gran ignorancia, mezcla de supersticiones españolas e indígenas, y sobre todo un carácter pasivo. Si el patrón lleva misiones, él se confiesa; si no, él no tiene ninguna obligación personal. Es, también desde el punto de vista religioso, un menor de edad. El estudio del folklore de los campesinos del Valle Central nos daría mucha luz para conocer sus vivencias religiosas.

Este estado de cosas, empero, no se podrá mantener indefinidamente. La modernización del campo, con todo lo que significa de vías de comunicación, electricidad y por lo tanto radio; escuelas, y por lo tanto periódicos y libros; propaganda política, mecanización de las faenas agrícolas, etc., etc., están modificando hondamente la mentalidad del campesino. Es un fenómeno semejante al que se produjo en los obreros allá por el año 20. Una clase social llega a su madurez, y no hay poder humano capaz de hacerla volver a su infancia. Ahora el campesino está en ese momento crítico. De la correcta orientación de sus aspiraciones sociales depende en gran parte su futura religiosidad, y puede que también la estabilidad del país. A esto se agrega que, el sistema actual, sean cuales fueren sus méritos del pasado, no parece ya responder a

las condiciones hodiernas. En efecto, supone dos cosas que ya no existen sino muy imperfectamente: un profundo cristianismo de parte de los patronos, y una menor edad del lado de los inquilinos. Quedan ciertamente muchos patronos católicos, mas no todos son católicos prácticos, ni siquiera residentes en el fundo, sino grandes duques que viven en Santiago, viajan por Europa y Estados Unidos, y de vez en cuando visitan sus fundos. Y el primer problema que se plantea es éste: si es posible mantener el sistema antiguo en algunos fundos, mientras sus vecinos han partido ya en otras direcciones. De todas maneras, es digno de notarse que la filiación política de los agricultores parece no influir mucho en su actitud social. Uno se lleva las más grandes sorpresas: hombres de ideas sociales avanzadas son a veces déspotas y explotadores; y otros de doctrinas manchesterianas, en virtud del antiguo paternalismo, se conducen en forma bastante decente.

La encrucijada actual me parece que tiene que desembocar en uno de estos tres caminos: la conversión del fundo, del actual sistema semifeudal, a una empresa de carácter capitalista. Ya se ha avanzado mucho en este sentido, no sólo cuando sociedades anónimas compran o arriendan fundos, sino también cuando el antiguo dueño adopta una actitud capitalista. Desde el punto de vista de la Iglesia, este sistema, sin ser esencialmente perverso (se habla mucho de visitadoras sociales que reemplacen a los antiguos patrones en la atención de los inquilinos), traslada al campo todos los inconvenientes del capitalismo industrial de los cuales han hablado largamente los Papas en sus Encíclicas sociales. La segunda salida posible me parece ser una reforma agraria que pusiera la tierra en manos de los que la cultivan. Esta división

de la tierra podría hacerse por vía violenta o marxista, o bien por una evolución lenta de tipo cristiano, aunque ambas posibilidades me parecen muy remotas, a menos que sucedan acontecimientos imprevistos. El tercer camino sería una evolución de la estructura actual, consistente en hacer pasar al inquilino de su menor a su mayor edad, y dándole, por lo tanto, participación en las ganancias y en la misma administración del fundo, ya sea por medio de sindicatos o de otras organizaciones que los representen. Sería muy aventurado asegurar en cuál de estas posibilidades cristalizará la actual evolución del campo chileno. De lo que no cabe ninguna duda es de la conveniencia de que los católicos estudien estos problemas a la luz de las enseñanzas de la Iglesia, y tomen posiciones de avanzada que les permitan ponerse a la cabeza de estos movimientos.

La Asociación Sindical Chilena se ha lanzado por el camino de los sindicatos para aliviar la situación de los campesinos. La Juventud Agrícola Católica, por su parte, insiste más bien en la formación de líderes y en su mejor preparación técnica. Las cooperativas de ahorro también se están adentrando en el campesinado, y con tan buen resultado como en la ciudad. La Fundación Dolores Valdés de Covarrubias ha iniciado interesantísimas escuelas familiares agrícolas. Pero en ninguna parte se ve un plan de conjunto que ofrezca una solución cristiana integral a los hombres que trabajan la tierra. A semejanza del "Manifesto on Rural Life" de los obispos norteamericanos, aquí también haría falta algo que fijara la posición de la Iglesia frente al problema agrario; y un programa concreto de realizaciones. De otra manera nos quedaríamos, una vez más, en pura teoría y declaración.

Los inconvenientes del catolicismo pasivo de nuestros campesinos se muestran por el hecho de que, el avance protestante, ha tenido aquí precisamente, sus mejores éxitos en los últimos años. En efecto, de 1940 a 1952, el protestantismo experimentó en Chile un aumento del 105%, como ya se dijo. Pues bien, es en esta zona donde está el récord. En la provincia de Curicó el aumento fué del 286,1%, y en Maule, del 248,6%, los más altos porcentajes de todo el país; y aún provincias tan catoliquísimas como Colchagua tuvieron un aumento del 181%, todo lo cual indica que el catolicismo de los campesinos no es tan fuerte como se piensa, y que el edificio mismo ya está agrietado. Y no es que no se haya trabajado. Diócesis como Talca, provista de abundante clero extranjero y de inquietos sacerdotes chilenos, han emprendido toda clase de obras nuevas. Otras, como Rancagua, se han replegado en sí mismas, manteniéndose activamente fieles a la rutina de los métodos tradicionales. Hay argumentos muy buenos en favor de estas dos políticas antagónicas; pero quizás un estudio empírico de los resultados pueda dar el fallo definitivo. Lo que sí aparece claro es que la batalla no está perdida en manera alguna, sino que, doquiera que se trabaje con verdadero espíritu apostólico, la cosecha es en extremo abundante. Quizás en ninguna parte del mundo sea posible obtener tantos frutos como en Chile, en un corto plazo.

Pasando de la antigua frontera del Bío-Bío, nos encontramos con una zona industrial y carbonera de gran densidad de población. Queda enclavada dentro de la arquidiócesis de Concepción, aunque no la cubre totalmente. Posee la ciudad de Concepción una clase alta de tan puro origen español, y a lo menos de tantos abolengos como la

de Santiago; pero carece, sin embargo, del acendrado catolicismo de éste. El tinte de la ciudad es más bien liberal masónico. La paciente labor del magnífico colegio de los padres franceses no ha conseguido formar una clase alta católica, sino apenas quitarles el filo a los anticlericales. ¿Es el influjo laico de su Universidad, o más bien la Universidad es el reflejo del ambiente? Pero no es el problema de la aristocracia el que más importa a la Iglesia, sino el de los obreros del carbón y de la industria. La provincia de Arauco, con sus enormes faenas del carbón —las más grandes faenas de Chile— ha sido un reducto clásico del comunismo. Sus huelgas han estremecido todo el país y han hecho tambalear los gobiernos. Y a partir de la instalación de la industria del acero en Huachipato, toda una red de industrias metalúrgicas se ha establecido a su alrededor, sin contar los pueblos Tomé, Penco, Chiguayante que tienen industrias no metalúrgicas, aunque también muy importantes. Y este desarrollo está en sus comienzos: su porvenir es enorme, y la concentración de población industrial, difícil de prever. Y uno se pregunta frente a todo eso: ¿qué puede hacer la Iglesia por atraer a ese inmenso proletariado? ¿Es suficiente el número de sacerdotes que allí trabajan? Supuesto que se aumentara el número ¿son adecuados sus métodos pastorales? Los PP. de Maryknoll en Huachipato han optado por las cooperativas. Bien. Pero ¿es esto bastante? Mientras tanto, carecemos de estadísticas o simples cuestionarios que nos indiquen la evolución del proceso religioso entre esa gente. Algo sabemos, sin embargo, en lo que a los protestantes se refiere. Como ya hemos dicho, la población total de Chile tiene un 4,1% de protestantes que se concentra principalmente a partir de esta zona. Viniendo de norte a

sur, Chillán —junto ya a la frontera del Bío-Bío— es la primera provincia que nos da exactamente un 4,2% de población protestante. Todo el norte de Chillán se mantiene por debajo de ese término medio. En Concepción asciende a 7,4% y en Arauco a 7%. Lo cual indica que esta zona minero-industrial tiene proporcionalmente casi el doble de protestantes que el resto del país. Esto ya es un toque de alarma. Y me imagino que las cifras del comunismo son todavía mucho más altas. Por otra parte, esas demostraciones de fe y vitalidad sobrenatural que son los conventos de contemplativas, relativamente abundantes en el centro del país, tienen sus últimos representantes en Concepción: Trinitarias y Carmelitas poseen allí sendos conventos. De aquí en adelante no encontraremos ya nada semejante. (Ultimamente se ha fundado un convento de clarisas en Pucón).

El Seminario de Concepción ha mantenido un sistema de formación un tanto diferente al de Santiago. Aunque toda comparación es odiosa, sería interesante un paralelo entre ambos, y entre el clero del centro y el del sur. ¿Es el hombre del sur el que da su tono al Seminario, o es el Seminario el que modela al sacerdote sureño? Probablemente coexisten ambas causalidades.

Mas, dejando aparte esta zona minero-industrial que abarca un territorio muy pequeño, nos encontramos con una zona agrícola que va hasta el río Cautín y que, siendo geográficamente el mismo Valle Central, es completamente distinta desde el punto de vista humano. Corresponde a la antigua frontera con los araucanos que se fué desplazando al sur paulatinamente, a medida del avance de los colonos chilenos y extranjeros. Un fenómeno muy semejante al del Far West norteamericano. Aquí la tradición chilena y aún católica es

inmensamente más débil que al norte del Bío-Bío y, aunque se conserva en gran parte el sistema del latifundio, falta la tradición y la alta clase social de ancestro católico. Aún en lo político difieren los agricultores. Mientras en el Valle Central predominan los liberales y conservadores, aquí son los radicales de tendencia masónica y anticlerical los que predominan. En lo eclesiástico, estas cuatro o cinco provincias constituyen una parte de la arquidiócesis de Concepción y la totalidad de la diócesis de Temuco. Nótese que las sedes episcopales quedan justamente en los dos extremos de la zona, y que las prósperas provincias de Bío-Bío y Malleco y aún parte de Arauco quedan a muchas horas de tren de sus respectivos prelados. La extensa diócesis de Temuco, con gran número de ciudades importantes (Temuco, Lautaro, Victoria, Traiguén, Angol, fuera de otras menores como Nueva Imperial y Curacautín), es la que tiene menos clero de todo Chile en relación a su población. Este menor número de sacerdotes debe actuar en un medio muy difícil, porque el carácter de frontera no se ha perdido totalmente. La población es en extremo abigarrada: núcleos de diversas nacionalidades, deben alternar con chilenos de no arraigada tradición católica, y con indios araucanos, sobre los cuales no se ha ejercido el apostolado intensivo del Vicariato de la Araucanía. Por eso podemos decir que en esta Frontera está la parte más débil de la Iglesia en Chile. Y así lo han comprendido los protestantes que han lanzado aquí su mayor ofensiva. Los metodistas tienen su gran foco de propaganda en El Vergel, un hermoso e inmenso fundo a las puertas de Angol, con moderna escuela agrícola y abundantes medios de propaganda. Los bautistas y la Alianza Cristiana han establecido su sede en Temuco, y

desde allí se han extendido a todo Chile, en especial los primeros. Y los mismos anglicanos que no hacen proselitismo en el resto del país, tienen aquí toda una red de escuelas misioneras con sede en Cholchol y hasta los profesores de escuelas fiscales son aquí anglicanos. Por eso no nos extrañe que sea Cautín la provincia más protestantizada de Chile: sus 33.672 protestantes constituyen el 9,2% de la población. ¡Casi el 10%! ¿Está la solución en la creación de nuevas diócesis, o más bien de vicariatos apostólicos a cargo de misioneros extranjeros? ¿O será mejor traer clero extranjero para reforzar las parroquias actuales, como ya lo hacen muy bien los PP. de Maryknoll? No se crea, sin embargo, que el catolicismo está perdido. Todo lo contrario. La masa de la población es y quiere seguir siendo católica. Sirva un ejemplo. Me tocó encontrarme por casualidad en la parroquia de Angol un Domingo de Ramos. Tres sacerdotes no éramos suficientes para atender los bautismos que llegaban en oleadas sucesivas. El clero de allí, que conoce mejor que nadie el terreno, no se muestra pesimista ni siquiera inquieto por la situación. Quizás el mejor símbolo de la frontera sería una superficie tranquila con marejada de fondo.

Y pasamos de inmediato a la famosa Araucanía. El Vicariato Apostólico comparte la provincia de Cautín con la diócesis de Temuco (además de una parte de la provincia de Valdivia), de modo que aquí se ofrece una buena oportunidad de comparar en una misma provincia, dos muy diferentes estilos apostólicos. El límite es el río Cautín que, de Temuco al norte, sigue una línea envolvente que deja la cordillera con sus indígenas a los misioneros bávaros, y los chilenos del centro a la diócesis de Temuco. El vértice del Vica-

riato llega a juntarse en el norte con la arquidiócesis de Concepción. Aunque el Vicariato de la Araucanía tiene de hecho más chilenos que araucanos, nos referimos especialmente a estos últimos: son la razón de ser que explica la presencia de los misioneros. Como se sabe, los araucanos fueron sometidos a fines del siglo pasado por la fuerza de las armas y del alcohol. Ellos no se sienten todavía chilenos, sino que, por el contrario, en los chilenos ven a sus peores, o mejor, únicos enemigos. Y no sin cierta razón. Por eso, el trabajo de los misioneros de hoy, se presenta casi tan difícil como cuando en la Colonia acometieron este trabajo los jesuítas y después los franciscanos con semejante fracaso. La forma de trabajar de los capuchinos es sencillamente magnífica. El Vicariato —cosa paradógica— está mejor organizado que cualquiera de las diócesis o arquidiócesis del país, no sólo por el número de sus sacerdotes y religiosas, sino por sus centenares de escuelas y sus métodos de trabajo. La capacidad de organización de los alemanes ha dado aquí una prueba indudable de su valer. No es sólo la recia personalidad del Obispo; es él con su formidable equipo de colaboradores los que han montado esa enorme maquinaria apostólica. Desde sabios lingüistas y antropólogos que han estudiado al araucano, hasta el modesto hermano lego que cuida la huerta; desde los colegios superiores como los dos seminarios y escuelas normales, hasta las fatigosas incursiones en apartadas regiones; desde la imprenta, instrumento de apostolado intelectual, hasta la cooperativa de finalidad económico-social, la red de parroquias y escuelas se ha extendido por todo el territorio vicarial. Todo se ha hecho para llevar la fe y el bienestar a los mapuches. No me he sorprendido cuando he oído decir que es uno de los vicariatos mejor or-

ganizados del mundo entero. Y sin embargo, los resultados no parecen guardar proporción con el enorme esfuerzo desplegado. Puede que esta impresión sea el efecto de la precipitación latina frente al trabajo lento, profundo, de largo plazo, propio de los alemanes. Puede ser. Pero quizás existen causas profundas que entorpecen el crccimiento de la semilla evangélica. La raza misma, pucde que ofrezca una resistencia casi invencible, no al cristianismo en lo que tiene de esencial, sino a su formulación en términos de la cultura europea. He tenido oportunidad de observar este fenómeno muy de cerca entre los indígenas bolivianos, y he llegado a la conclusión de que si no se les da una traducción autóctona del cristianismo, que no los obligue a pensar y sentir como europeos, nunca el cristianismo les penetrará hasta el fondo del alma. En los países de misiones existe una tendencia, bendecida por Roma, de no europeizar, sino de dejar intacta la cultura ancestral del neófito, dándole solamente un alma cristiana. Temo que entre los araucanos el hacerse católico sea sinónimo de chilenizarse, y puede que de allí venga mucha de su dificultad. Es evidente que desde el punto de vista de Chile, lo que conviene es la rápida asimilación de esa raza. Creo que en último término eso le conviene también mucho a la Iglesia; pero no sé si el unir ambas cosas sea el camino más corto para hacer de los mapuches buenos cristianos. El tema es tan espinudo que no quisiera insistir sobre él. Dejo solamente lanzada la idea para posibles investigaciones. Todos recordamos aquel cuento de Marino Latorre en que una fiesta que debió ser profundamente cristiana, derivó en un festival de las antiguas prácticas paganas, gracias a un poco de alcohol administrado en tiempo oportuno por un sembrador de cizaña. Los misio-

neros cuentan de machitunes celebrados de vez en cuando y que parecen sacudir la corteza de cristianismo de los mapuches.

Las provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue constituyen la Nueva Alemania. De todo ese inmenso territorio, sólo se pobló por españoles Valdivia, como una lejana colonia penal, que ni siquiera dependió siempre del Reino de Chile, sino que muchas veces estuvo directamente bajo la jurisdicción del Virrey del Perú. Osorno tuvo una existencia esporádica, no permanente. A mediados del siglo pasado, Vicente Pérez Rosales inició una corriente de inmigración alemana que ha devastado bosques, abierto caminos, levantado ciudades y cultivado los campos. Los chilenos han llegado allí como extranjeros, ya sea en calidad de funcionarios públicos, o de obreros de los alemanes que son los patronos. En todo caso, después de un siglo de trabajo, los alemanes han transformado y civilizado esas tres provincias. ¿Y cuál ha sido el resultado desde el punto de vista religioso? Naturalmente, entre los alemanes venían católicos y protestantes. Los primeros ocuparon en términos generales, las cercanías de Puerto Montt, y los segundos, las actuales provincias de Osorno y Valdivia. Por primera vez se rompió en Chile la unidad católica y apareció un grupo apreciable de disidentes. Los católicos siguen católicos y los protestantes, protestantes. Tanto los sacerdotes católicos como los pastores luteranos aseguran que la religiosidad de esta gente depende, en gran parte, de su alemanidad, de la conservación de las costumbres germánicas. A la pregunta de por qué los protestantes —hablando en general— han sido más fieles a su religión que los católicos, contestan sin dudar: porque los protestantes se han mantenido más alemanes. El hecho de que el resto del

país sea católico, ha favorecido un poco su asimilación... y eso los ha perjudicado en su fe. Extraña anomalía. Pero el peligro de todos estos alemanes, tanto católicos como protestantes, es el materialismo. Se han hecho demasiado ricos y ya no creen necesitar de Dios. Ni los pastores ni los laicos luteranos hacen proselitismo y son sinceros en su respeto por la fe de los católicos. Y los católicos parecen responder con la misma moneda: Los hijos de católicos asisten sin dificultad a las escuelas protestantes. Pregunté a un sacerdote alemán si ellos hacían algo por la conversión de sus connacionales. Pareció sorprenderse de mi pregunta y se limitó a contestar: estaríamos muy contentos si lográramos convertir a los católicos.

El porcentaje de la población protestante de estas provincias no parece alarmante, dado el hecho de la fuerte inmigración protestante inicial: Valdivia tiene un 7,8% de protestantes. Osorno un 5,3% y Llanquihue un 4,4%, todos por encima de la media nacional (4,1%); pero en todo caso menos que en Cautín, Concepción y Arauco. No aumentan velozmente, a no ser en Valdivia, y aunque esto ya no lo he podido constatar, creo que el aumento no proviene de los luteranos alemanes, sino de las sectas chilenas o norteamericanas que obtienen sus adeptos en el bajo pueblo de origen netamente chileno. Y quizás la explicación del mayor avance protestante en Valdivia provenga de su mayor industrialización. Un fenómeno semejante al de Concepción y Santiago.

Los Padres del Verbo Divino y los jesuítas han sido los apóstoles de esta zona con la atención de numerosas parroquias y sus óptimos colegios.

Chiloé es una república aparte, no sólo por su carácter insular y sus largas distancias, sino también por su raza y su historia. El chilote sufre de

complejo de inferioridad, mas no por eso deja de amar su tierra y estar orgulloso de ella. En ninguna otra parte de Chile existe como aquí una literatura regional, ni se ha estudiado el folklore con el cariño y minuciosidad de acá. Su aislamiento es tal, que su Independencia vino a realizarse mucho después que la del resto de Chile. Y la raza parece conservar muy puros sus rasgos indígenas. En lo eclesiástico, consta de un Obispado de más de un siglo, tan antiguo como el Arzobispado de La Serena. Cuando Concepción y La Serena fueron elevados a sedes metropolitanas, seguramente los chilotes se quedaron esperando con nostalgia que les sucediera lo mismo. Han tenido una serie de prelados y aún canónigos eminentes. El catolicismo se ha arraigado con fuerza varias veces centenaria en sus múltiples islas. Los pobres párrocos viven asimilados a su grey en aldeas miserables, gran parte del año separados del resto del mundo. Los Padres holandeses de la Sagrada Familia suelen poner una nota de modernidad en las cercanías de Calbuco, con sus lanchas a motor que reemplazan a la camioneta o al caballo del cura del continente. Su inmensa catedral habla todavía de la grandilocuencia de Mons. Ramón Angel Jara. La inexistencia del latifundio, al permitir para todos la pequeña propiedad, hace posible una áurea mediocridad económica, dentro de la pobreza general. Tiene apenas un 1,2% de protestantes, el porcentaje más bajo de todo Chile; pero uno se pregunta si ello se deberá a una resistencia activa, o bien, simplemente, a la ausencia de propaganda protestante. Y no deja de ser interesante constatar que, a pesar de su acendrado catolicismo, Chiloé es una de las provincias en que el partido radical es más fuerte. Quizás la distancia ha sido aquí el factor decisivo.

El Vicariato Apostólico de Aysén tiene mucho de parecido con la Frontera. Uno se imagina esas películas de cow boys en que a nadie se le pregunta su nombre, hasta que se convierte en un respetable hacendado. Una población tan escasa en tan dilatado territorio, y la rudeza del clima, hacen por demás difícil la labor de los misioneros italianos, siervos de María. Hay parroquias de Chile que, ellas solas, tienen el doble de población que este vicariato; pero ninguna quizás que presente tantas dificultades. Es una tierra nueva, en que la Iglesia y todo es nuevo, en que recién se ponen los cimientos y en que los frutos se verán a largo plazo. Consuela, sin embargo, pensar que hay sólo un 2% de protestantes, pero en rápido aumento.

Y Chile termina en Magallanes, una diócesis nueva que tiene todavía mucho de vicariato. Le falta clero secular y tradición católica. Los salesianos han realizado allí una obra admirable, tanto con los restos de tribus de indios ya casi extinguidas, como con los diversos grupos de inmigrantes extranjeros (yugoeslavos, principalmente), y los infaltables chilotes. Allí se está formando una nueva raza chilena, de gran valer a todas luces, y creo que el catolicismo recibirá de ella aportes de importancia.

Este modesto excurso por el mapa de Chile no pretende, naturalmente, dar el elenco completo de los problemas de la Iglesia, ni menos indicar la fisonomía religiosa de las diversas regiones. En manera alguna, tampoco, pretende hacer afirmaciones definitivas ni menos criticar. No. Simplemente sugerir una serie de temas de posible estudio, para que, después de haberse acumulado amplia documentación y sometido a examen se aventuren algunas hipótesis que, eventualmente, se conviertan en hechos probados.

LA DIMENSION HISTORICA

Quizás si la historia de cada pueblo hubiera que comenzarla por la geología. La prehistoria es algo demasiado próximo. El hombre primitivo tiene ya su fisonomía propia, producida, en gran parte, por el medio en que vive. Es más telúrico, por lo mismo que está más cercano a la naturaleza. Si se notan hoy diferencias de este tipo entre el campesino y el habitante de la ciudad ¿qué será si nos remontamos al hombre de hace muchos siglos? La geografía influye en la psicología del hombre, y ésta en la historia. Y por eso en Chile podemos hablar del nortino y del sureño; del costino, del chilote, y cada uno de ellos tiene sus características. La indolencia del costino puede explicarse por ser descendiente de los changos; pero es evidente que la geografía tiene aquí su palabra que decir. La pampa y sus sales explican el gigantismo de los nortinos, y los continuos viajes en lancha, la cortedad de piernas de muchos indios fueguinos, y quizás la baja estatura de los chilotes. Y si de lo somático pasamos a lo anímico, tendremos que constatar el mismo fenómeno: la alegría y optimismo de los climas templados; la taciturnidad y energía de los climas fríos. Hasta ahora, sólo tengo noticias de literatos que se aventuren en estos temas, y sin embargo, sería indispensable que fueran tratados con rigor científico.

Casi identificándose con el paisaje están las

tribus aborígenes de la época prehispánica. Todas ellas han contribuído, en mayor o menor grado, a la formación de nuestro pueblo y también de su religiosidad. ¿Quién puede dudar de que el animismo araucano tiene algo que ver con las "animitas" que se veneran junto a los caminos? Y en la propia devoción exagerada a las almas del purgatorio ¿no habrá también mucho de animismo cubierto de catolicismo? ¿Conoce Ud. entre el pueblo, una obligación más sagrada que la de asistir a los velorios? ¿Por qué la gente con menos instrucción religiosa suele ser la más aficionada a las misas de difuntos con muchos lutos y otras exterioridades? Y la afición exagerada a los santos patronos, prescindiendo del mismo Cristo ¿no tiene mucho sabor a totemismo indígena? Aún a la Santísima Virgen del Carmen se la considera muchas veces como el tótem protector de Chile. ¿Acaso no hay militares totalmente incrédulos que son, no obstante, devotos de la Virgen del Carmen? No digo yo que por estas posibles desviaciones haya que condenar las legítimas devociones. Afirmo solamente que bien valdría la pena estudiar todos estos temas desde un punto de vista sociológico, y no solamente dogmático, ya que mientras el dogma puro se queda muchas veces en los libros, los fieles suelen mezclarlo con muchas escorias.

La dominación incaica fué bastante efectiva en todo el Norte de Chile, quizás hasta el río Aconcagua. El culto al sol y a la luna de los quechuas, fué traspasado por los antiguos misioneros al de Cristo y María. Y esos son todavía los temas que los alféreces de los bailes chinos cantan junto con su compañía. En cuadernos destrozados y mugrientos, llenos de faltas de ortografía, se conservan preciosas colecciones de estos cantos. Estoy seguro de que los atacameños y diaguitas, en el Norte, han

dejado también muchos vestigios de su religiosidad en las costumbres del pueblo. Quizás sean los chilotes quienes mejor conozcan su literatura popular.

Con la llegada de los españoles se introduce el catolicismo. Mas no tenemos una historia de la Iglesia chilena digna del nombre de tal. Se enuncian, a lo más, las acciones de prelados y eclesiásticos ilustres, y se olvida que la Iglesia es la "societas fidelium" de la cual los jerarcas son sólo una parte. Habría que hacer investigaciones de tipo más democrático en que, junto a los obispos, aparecieran también los simples fieles, y todo ello matizado de cierto presbiterianismo, ya que los obscuros sacerdotes, no por realizar una labor anónima, dejan de tener importancia.

Para un esquema de la Historia de la Iglesia en Chile, me parece que habría que comenzar por precisar el estado del catolicismo en la misma España a comienzos del siglo XVI. Y analizar los componentes de ese catolicismo y su posible contaminación árabe y judía. (El fatalismo del pueblo chileno —"estaba de Dios"— ¿no tiene más de mahometano que de cristiano?) Y habría que distinguir en ese momento histórico lo permanente de lo ocasional. Es la época del Imperio y de la Contrarreforma, y ambos tienen que haber dejado su impronta en la religiosidad. Santo Toribio de Mogrovejo fué el hombre que quiso implantar el Concilio de Trento en Sud América. Los concilios de Lima y los sínodos de Santiago ¿enfocaron nuestra realidad, o ésta fué vista con los anteojos de Trento? Nada se hacía sin la consulta de un teólogo, o de una junta de teólogos, en los casos importantes, y por este camino la teología entra de lleno en la vida nacional. Otro punto digno de investigación sería la parte que sacerdotes y laicos

tuvieron en la evangelización de los indios. Tengo para mí que los indios que se convirtieron fueron muy pocos. Fué el mestizo, hijo de india y español, el que se educó cristianamente. El español impuso, naturalmente, su religión; pero fué la madre quien educó a los hijos. De aquí la mezcla de supersticiones indígenas con catolicismo español de tipo popular. Me parece que si diéramos con una fuente que nos permitiera conocer la religiosidad del soldado español, estaríamos más cerca de conocer la modalidad de los primeros católicos chilenos. El folklore religioso chileno está plagado de reminiscencias españolas. Basta escuchar los cantos "a lo divino" en un velorio o novena popular, o bien hacer una simple lista de supersticiones, para cerciorarse de ello. El sacerdote traía probablemente una mentalidad muy diversa: frescos en su cabeza los cánones del Concilio Tridentino y con mucho latín y sumas teológicas, estuvo probablemente a gran distancia psicológica del cristianismo que se estaba gestando. Mas, de todas maneras, un estudio de los catecismos, de los sermonarios y confesonarios, de las prelecciones de dogma y moral que se daban en los seminarios y en las casas de estudio de los religiosos, y sobre todo, de la pastoral, nos permitiría, sin duda alguna, captar muchos aspectos de la evangelización de nuestra tierra. Los mismos cronistas coloniales, a pesar de mantener siempre la guerra de Arauco en el centro de sus preocupaciones, están plagados de referencias a la religiosidad colonial. Pero siempre creeré que es el folklore —entre nosotros tan pospuesto— el que nos abrirá el mejor camino para adentrarnos en la religiosidad colonial y en la de hoy. No olvidemos tampoco que las regiones de las Españas son muy diversas, y que diversos deberán ser, por lo tanto, los aportes de sus respectivos hi-

jos. Todo esto me parece a mí un terreno virgen y nebuloso, cuyo velo nadie se ha interesado en descorrer.

La institución de las doctrinas y parroquias, cada cual con su propio viacrucis, es un capítulo anónimo, y sin embargo, de vital importancia. Le Bras, en la obra tan citada al comienzo, ha puesto de manifiesto la importancia trascendental del cura de campo en la evangelización de las Galias Falta quien lo reivindique aquí entre nosotros.

Un paralelo entre la Historia de la Iglesia en España y en sus colonias creo que enseñaría muchas cosas. ¿Hasta qué punto influyó la decadencia española en el raquitismo espiritual de los pueblos iberoamericanos? Quizás pueda haber aquí una contestación —a lo menos parcial— a las tremendas acusaciones de Papini: un continente sin santos, sin teólogos, sin clero.

Las Ordenes religiosas dieron también su variada fisonomía a la empresa cristianizadora. No es lo mismo un jesuíta que un dominico, ni un franciscano que un agustino; ni ninguno de ellos se parece, por cierto, a un hermano de San Juan de Dios. Y tampoco los siglos coloniales son iguales los unos a los otros. Bastaría leer "Las Tres Colonias" de Solar Correa. Somos tan dependientes del pasado, que esa época que creemos ya muerta, está, sin embargo, viva, dentro de nosotros. ¿Y no sucede a veces que, mientras el mundo avanza, nos quedamos con una religiosidad del tiempo de la Colonia? Todos hemos conocido devotos de ese tipo. Y también se puede juzgar el real patronato y compararlo con el posible gobierno directo de los Papas. ¿Habría estado mejor gobernada la Iglesia americana desde Roma que desde Madrid? Ya sé que eso es una herejía en el terreno teológico; pero también valdría la pena analizar ese tema desde

el punto de vista histórico y sociológico. (Si los personajes no estuvieran vivos, también sería interesante un cotejo de obispos anteriores y posteriores a la separación de la Iglesia y del Estado).

Con la Independencia —fenómeno de orden político— se plantea a los católicos ilustrados un problema de conciencia: ¿es lícito apartarse de España que significa la legítima autoridad, y por lo tanto Dios? Al principio se obvió la dificultad haciendo la revolución a nombre de Fernando VII; pero después ya no hubo posibilidad de este subterfugio. ¿Se ha deslindado bien lo que hay de político y lo que hay de religioso en este problema? Hoy las cosas nos parecen muy claras; pero el hombre colonial, que tenía unidos en un solo todo la Iglesia y la Corona, debió experimentar también una quiebra en su fe cuando se lanzó por el camino de la Independencia. Y quizás esta trizadura se produjo en la misma grieta que le dejó la expulsión de los jesuítas por orden de Carlos III. La literatura antirreligiosa de la enciclopedia francesa parece no haber producido una escisión tan profunda, por lo mismo que era algo foráneo y quedó reducida a un grupo de intelectuales. Hombres como Camilo Henríquez supieron conciliar perfectamente —no se sabe cómo— las doctrinas herejes importadas de Francia con su fe religiosa. Pero lo más corriente fué que la tradición del real patronato continuara. El Obispo Zorrilla, a pesar de ser chileno, se sentía obligado a impugnar el gobierno revolucionario, derecho canónico en mano; y de la otra parte, el Obispo Cienfuegos hacía lo propio en favor del nuevo gobierno. Era la misma cara mirando en dos direcciones diversas. A esto se agregaba otra causa de escándalo y confusión entre los fieles: el cisma producido en cada convento entre frailes españoles y chilenos. Era un es-

pectáculo nunca antes visto y que chocaba con todo el estado de cosas anterior. Y no poca extrañeza debió producir en esa sociedad pacata el ver llegar un cónsul de Estados Unidos, fervoroso protestante, y detrás de él toda una fila interminable de comerciantes anglosajones también de religión protestante. Y como O'Higgins hablaba inglés y se había educado en Inglaterra, no es raro que tuvieran ante él gran valimiento, y se dió caso de comerciante que fué invitado a palacio en el mismo día de su llegada a Santiago.

Se abrieron las puertas del país que había permanecido enclaustrado durante la Colonia, y el influjo de la Francia atea y revolucionaria, que en ese tiempo dominaba el mundo, penetró hondamente en las clases altas de nuestra sociedad. Todo esto tuvo que producir, evidentemente, entre los católicos, una gran desorientación. Y en ese preciso momento, cuando más se necesitaba de una dirección firme, la Iglesia quedó a la deriva: privada de la mano autoritaria del monarca español, no pudo de inmediato tomar contacto con Roma, y quedó por muchos años casi sin prelados. La Misión Muzzi no pasó de ser un conato de buena voluntad. Y así nos explicamos que la Independencia marque exactamente el comienzo del descenso del catolicismo que no había dejado de acrecentarse desde los primeros momentos de la Conquista. La unidad católica comienza a debilitarse y la incredulidad trata de infiltrarse por todas partes. Estudiando la vida de Portales, por ejemplo, se le ve pasar de un gran fervor religioso a un cínico escepticismo, sin que ello llame siquiera la atención: el ambiente estaba preparado para la pérdida de la fe, a lo menos en la aristocracia.

Viene después, a mediados del siglo pasado, la restauración religiosa, con la ascensión de San-

tiago a arzobispado, y su independencia de La Serena y Ancud, con lo cual fueron cuatro las jurisdicciones eclesiásticas, número que se mantuvo hasta 1925, fecha de la separación entre la Iglesia y el Estado. Esta restauración religiosa está dominada por la figura egregia de Mons. Rafael Valentín Valdivieso. ¿Es exacta, en todos sus puntos, la opinión que acerca de los resultados de su gobierno eclesiástico emite el historiador Encina? En todo caso sería muy interesante hacer una historia del partido conservador desde el punto de vista de la Iglesia. La cuestión del sacristán y las leyes laicas merece un capítulo aparte, no tanto desde el punto de vista del conflicto mismo, sino de su impacto en la religiosidad contemporánea. Y dada la inmensa popularidad de Balmaceda, aún en nuestros días, bien valdría la pena saber cuántos se alejaron de la Iglesia a raíz de la revolución del 91.

Durante el siglo XIX el liberalismo se expandió por el mundo entero, y no tan expurgado de sus aspectos teológicos como en el día de hoy. ¿Dónde están las raíces históricas y cuál es la fisonomía exacta del católico liberal? Y en el proceso de laicización del país, la masonería ocupa un lugar destacado, pero muy difícil de investigar, por lo mismo que siempre actúa en la oscuridad. Y por debajo de todo esto que se destaca, la infatigable labor de los párrocos de campo y ciudad, los colegios, los misioneros, etc., todo lo cual es muy digno de que se le dediquen sus respectivas monografías. En una historia ideológica de Chile, no sólo habría que considerar las doctrinas importadas del extranjero, sino la evolución de la devoción y del sentimiento religioso entre los fieles. ¿Disminuye la devoción al Sagrado Corazón y el movimiento litúrgico? ¿Cuál es la causa psicoló-

gica que predispone hacia el milenarismo? ¿Cuándo se introdujo en Chile, y por quiénes, ese jansenismo del cual quedan aún tantos vestigios entre la gente educada a la antigua y también entre los campesinos? Hay personas que se estremecen a la sola voz de comunión frecuente. Y también el siglo de las luces, con sus críticas al oscurantismo de la Iglesia, produjo su efecto. ¿Qué sacerdote del siglo pasado dejó de retratarse con un libro en la mano, como diciendo: no es verdad que la Iglesia sea enemiga de la cultura?

A partir de 1920 llegan por primera vez hasta el mismo pueblo toda clase de doctrinas y tendencias nuevas, de las cuales la principal ha sido seguramente el marxismo: queda entablada en Chile la lucha de clases. El obrero quiere ascender, aunque sea por la violencia. ¿Cuál ha sido la actitud de la Iglesia frente al problema obrero? Durante la Colonia la actuación de los obispos en defensa de los indios fué inmejorable (Cfr. Movimientos Coloniales en el Chile Colonial, por H. M.) Está por escribirse una historia del movimiento cristiano social en Chile, algo que tomara en cuenta, no solamente los partidos políticos, sino la actuación de la Iglesia que ha estado representada por tanto sacerdote perseguido. Bastaría recordar a un Padre Vives, o a un Padre Hurtado, para no nombrar a ninguno de los vivos. La explicación sociológica de la reacción de los católicos frente a las Encíclicas papales es en extremo interesante. Y todavía está planteado el problema en toda su agudeza: el pueblo se nos va, y no por motivos de orden teológico, sino porque él tiene urgencia de solucionar sus problemas económicos y sociales, y piensa que la Iglesia está de parte de los ricos. Hay muchos prelados, sacerdotes y seglares con gran sentido social y deseosos de hacer algo. Hay

sin embargo un genio maléfico que parece oponerse a las realizaciones prácticas. Mientras los sindicatos encuentran dificultades de toda clase, a las cooperativas se las recibe con los brazos abiertos. ¿No será la causa de eso el que las cooperativas aparecen como más inofensivas?

El avance del protestantismo es aterrador. Hay en Chile más de 240.000 protestantes. De 1940 a 1952 han aumentado en un 105%. De seguir a esa velocidad, dentro de 50 ó 60 años todo Chile será protestante. Habría que comenzar, naturalmente, por conocer el problema. Nos lanzamos contra los luteranos del siglo XVI como el Quijote contra los molinos de viento, y nada sabemos de las sectas modernas que están amagando la fe de nuestro pueblo. ¿Quién puede distinguir a un pentecostal de un metodista o de un presbiteriano? ¿Qué diferencia hay entre un bautista y un anabaptista? ¿Ha resucitado la herejía arriana en los Testigos de Jehová? El "canutismo" chileno ¿es un fenómeno religioso o patológico? ¿Cuántos se han hecho evangélicos para poder dejar el alcohol? ¿Hay todavía católicos que creen que la Biblia es un libro prohibido? ¿Qué católico puede responder —Biblia en mano— a un sabatista que abomina del domingo? ¿Cuántas revistas y audiciones radiales mantienen los protestantes? ¿Es cierto que el éxito protestante se debe al oro extranjero? Todas éstas y muchas otras interrogantes están clamando por monografías que las estudien en forma exhaustiva. No podemos planear nada, sin saber primero el terreno que pisamos.

Mas, frente a ésta y otras muchas calamidades, se nota entre los católicos una saludable reacción. La Acción Católica es muy criticada y no produce ciertamente todos los frutos que debiera. No podemos dudar, sin embargo, de que ha reali-

zado una notable modificación en el laicado. Hoy día tenemos tipos de seglar político, seglar piadoso, seglar intelectual, seglar social, seglar bíblico, seglar litúrgico y hasta seglar místico y benedictino.

Hay también otra serie de monografías que se impone. La escasez de habitaciones y su relación con la desorganización de la familia. Y las leyes sociales, como la de la asignación familiar, en relación a la legalización de la misma. La cultura popular y su influencia en la religiosidad. La emigración de los campos y la pérdida de la fe y de las buenas costumbres. La situación de la empleada doméstica. La religiosidad en nuestra literatura chilena. La influencia religiosa de la Universidad de Chile, de Concepción y Santa María. El tipo de profesional católico que producen las universidades católicas. Las características del clero chileno, tanto religioso como secular. Las nuevas modalidades aportadas por religiosos extranjeros: Padres de Maryknoll, holandeses de la Sagrada Familia, oblatos canadienses, etc. El mayor o menor grado de asimilación de los sacerdotes extranjeros a las condiciones de vida del país; el caso de los italianos que se chilenizan y de los lituanos que simplemente se van, y el todavía más curioso de los españoles que a los 30 años de permanencia siguen exactamente iguales que el primer día. (Sé de un religioso español que ni siquiera ha cambiado su reloj y se sigue guiando por el meridiano de Madrid). Y la mejor atención religiosa que tienen ahora los emigrantes y desplazados, puede servir mucho para hacer estudios sobre la perseverancia en la fe de italianos, españoles, alemanes, polacos, etc. ¿Qué sucede con los hijos de protestantes u ortodoxos? De estos últimos se sabe que pasan insensiblemente al catolicismo, lo que no les impide

asistir a la iglesia ortodoxa cuando se presenta la ocasión. Y de los hijos de los "canutos", que por lo general se avergüenzan de la religión de sus padres y que muy pocos perseveran en ella.

Otra serie de monografías podría versar sobre el grado de religiosidad, antirreligiosidad o arreligiosidad de la prensa, de la radio, de la literatura infantil y de adultos, de la pintura, escultura y del arte en general. Y aún los partidos políticos, muy bien podrían ser analizados desde un punto de vista teológico práctico. También valdría la pena averiguar la religiosidad de los hombres de ciencia más eminentes. ¿Es verdad que ahora hay muchos más médicos católicos que antes?

El feminismo y las modas ¿producen también su impacto en la moralidad y aún en la religiosidad? ¿Es de buen tono ser católico? Y el mismo deporte ¿no tiene también su connotación religiosa? ¿Ayuda a la fe el triunfo de un equipo católico? ¿Y qué pensar de los fracasos?

Hay mil y mil problemas que cada uno puede ver con solo abrir los ojos y mirar a su alrededor. Los hombres de experiencia tienen sobre ellos su juicio ya formado. La mayor parte, sin embargo, nos movemos en la indecisión y en la oscuridad. De iniciar el humilde trabajo de las monografías, pronto se acumulará un excelente material que, reducido a una síntesis ordenada e inteligible, nos permita contemplar el panorama aleccionador de una sociología religiosa de nuestra patria.

APENDICE

TRADUCCION DE ALGUNOS TROZOS SELECTOS DE LA OBRA DE GABRIEL LE BRAS

Introducción a la encuesta

El viajero atento a las costumbres, y no solamente a los paisajes, museos y catedrales, que recorre las diversas regiones de Francia, pronto tiene que rechazar, como puerilmente insuficientes, los esquemas que pretenden describir el estado del catolicismo en nuestro país. Todos saben que la Bretaña es más fervorosa que Limousin, que las obras disponen en París de recursos que les son negados en Beauce o en Brie; muchos están persuadidos de que la masa, en todas partes, se vuelve progresivamente infiel, mientras que las élites se agrupan alrededor de la Fontana simbólica. En estos cuadros sin matices, donde simplificaciones oratorias se mezclan con secas verdades, nada puede satisfacer a un espíritu en busca de nociones precisas. Su primer impulso es desdeñarlas; su primera certeza es que la "Bretaña fiel", la "Champaña indiferente", son centenares de cantones, en que cada uno tiene sus particularidades; que en muchas diócesis, las regiones fervorosas, o por lo menos creyentes, están vecinas a zonas tibias o de irreligión, y que la "Francia católica" es como el Aguila o el Hombre, y también como la "Francia incrédula", una ilusión verbal.

Este primer descubrimiento es fácil que un pensador cultivado lo haga en su propia habitación; él lo verificará, él lo profundizará (en nuestro caso después de diez años) en sus viajes a través de las provincias; pero cuando se trate de expresarlo en fórmulas rigurosas, se verá en dificultad: para apreciar exactamente las fuerzas del catolicismo en Francia y su distribución, no disponemos sino de informes fragmentarios y de insuficiente autoridad.

Si nuestro peregrino, al precio de grandes esfuerzos, junta cifras y hechos para caracterizar el estado presente de una región, ello no será sino el umbral del problema histórico: ¿cómo explicar la conservación o la pérdida de la fe? Pues cada circunscripción, fiel o infiel, engloba generalmente un gran grupo de lugares habitados: comarcas donde las obras florecen están separadas por desiertos; tal diócesis comprende dos vicarías foráneas de tendencias contrarias; quizás dos parroquias vecinas, son tan diferentes en cuanto a la vida religiosa como una pequeña cristiandad china y el piadoso cantón de Lozére de donde ha salido su evangelizador.

¿Por qué estas extravagancias, estas notables contradicciones? La clave os será muchas veces ofrecida en el mismo sitio y hora; pero muchas veces también no hará otra cosa que aumentar inoportunamente el bagaje. Se buscará en vano, sobre el punto que nos ocupa, estudios minuciosos, científicos. Ellos abundan sobre todos los grandes acontecimientos de la vida religiosa; pero este acontecimiento, el más considerable de todos, la vida religiosa de 40.000 parroquias, no ha tenido jamás un historiador.

Tal carencia es extraña. Cuántas personas, en efecto, están interesadas en resolver los problemas

que hemos enunciado. Desde luego, en el seno de la Iglesia. Como nosotros obtenemos del clero la mayor parte de nuestras informaciones, nos permitimos subrayar, con numerosos altos dignatarios, que la estadística y la curva de evolución de las parroquias, son sujetos de legítima y provechosa curiosidad, que ellas pueden influir sobre la repartición de residencias, los métodos administrativos, la organización de obras, y que las causas del progreso o retroceso de la práctica religiosa no son todas tan necesarias y fatales, que no puedan darles enseñanzas a los pastores. En cuanto a los simples fieles que se preocupan del porvenir del catolicismo y que miran más allá de los límites de su barrio, ellas lo instruirán con placer y con fruto de las vicisitudes prácticas de su religión, y se sentirán estimulados.

Aún los hombres más incrédulos, siempre que ellos tengan interés en comprender el pasado y el presente de Francia, aprecian el alcance de nuestra preocupación. La vida religiosa de un pueblo ¿es menos digna de atención que su vida económica y social? Ella implica un estado espiritual, fuerzas morales que tanto la élite como los gobernantes necesitan conocer y que es absurdo ignorar. Y los fenómenos graves, como las variaciones de la natalidad, de la representación política, según los tiempos y países, no serán plenamente inteligibles, sino cuando se puedan confrontar las estadísticas y mapas de nacimientos o de partidos que hayan tenido sus respectivos historiadores, con las estadísticas y mapas de la práctica religiosa.

En revancha, en la medida en que se pueda explicar por influencias de todo orden la suerte de las creencias, el hecho religioso será mejor esclarecido que por el solo estudio de las razas primitivas.

ESQUEMA PARA EL ESTUDIO DE UNA DIOCESIS

I) Bibliografía: estadísticas y mapas ya hechos; informes de congresos diocesanos o eucarísticos; artículos de la "Semaine religieuse" o de revistas locales.

II) Como raramente están hechas todas las estadísticas, solicitar permiso al obispo para hacerlas, si existen los elementos, y destacar las indicaciones siguiente (de las que se puedan obtener) por parroquia, para cada uno de los tres últimos años, si es posible:

1.— Población; número aproximado de católicos por nacimiento, por categoría: menores de 16 años, hombres, mujeres. Iglesias parroquiales, capillas públicas, clero.

2.— Nacimientos, bautismos, niños no bautizados. Matrimonios religiosos, matrimonios civiles. Exequias religiosas, defunciones civiles.

3.— Número de hombres, de mujeres, de menores de 16 años, a) asistentes a la misa dominical; b) que se confiesan y comulgan por Pascua.

4.— Número de personas que comulgan cada mes, cada semana. Asociaciones de hombres, de mujeres, de jóvenes, de niñas.

5.— Niños que asisten al catecismo de primera comunión, y niños que hacen esta primera comunión. Niños que hacen la primera comunión en privado; que siguen asistiendo al catecismo después de la primera comunión solemne. Número aproximado de niños que por su edad debieran hacer todas estas cosas y que sin embargo se abstienen.

III) Para cada categoría, sacar el porcentaje, en cuanto sea posible. De acuerdo con estos porcentajes, hacer mapas de la diócesis a varios colores, con sus correspondientes vicarías foráneas y parroquias. Reproducir en anexos los mapas de la natalidad, de la representación política (diputados, regidores), del relieve, de las culturas y de la industria.

IV) Reunir todas las estadísticas antiguas que se puedan obtener, informes de los párrocos, de todos los sacerdotes de edad, sobre los cambios observados desde hace medio siglo; leer todos los libros y artículos que se refieran a la vida religiosa y a las transformaciones generales de la diócesis, para trazar un esquema de las variaciones de la práctica y de sus causas, a lo menos desde 1789.

V) Monografías de dos o tres vicarías foráneas, y de dos o tres parroquias típicas: sería muy deseable que nosotros tuviéramos, para servir de ejemplo, la historia moderna de una parroquia que ha permanecido religiosa, la de otra completamente decristianizada, y la de una tercera tibia y oscilante.

Este programa podrá hacer retroceder a todos aquellos que no han leído las tres advertencias anteriores, destinadas a hacer nacer, así lo esperamos, muchas vocaciones de historiadores en cada diócesis.

1.º El trabajo podrá ser dividido:

a) Aquéllos que no osen abarcar toda una diócesis, que se contenten con una vicaría foránea o una parroquia. Su ejemplo animará a otros trabajadores —y muy probablemente a él mismo— a nuevas encuestas.

b) Si los elementos de estadística faltan para el siglo XX, o si el obispo que los tiene no juzga oportuna su publicación, limitarse a la historia de

la práctica religiosa en la diócesis o en una parte de ella, sea hasta fines del siglo XIX, sea solamente durante un período determinado (Antiguo Régimen, siglo XIX).

c) Un ensayo sobre las consecuencias prácticas y durables de tal hecho, de tal doctrina (el jansenismo, la filosofía del siglo XVIII, por ejemplo), en una circunscripción también estrecha en que tuvo favorable acogida.

2.º La investigación es en ciertos puntos muy fácil, y en todos grandemente facilitada por ayudas que el encuestador puede obtener:

a) La transcripción de las estadísticas del Ordo, del anuario departamental, de los registros parroquiales, las relaciones e informes que puede proporcionar el secretario del Obispado, no exigen sino algunos días o algunas horas de ocio; no decimos de paciencia, pues el placer de los descubrimientos compensa la fatiga de la mano.

b) La encuesta histórica está preparada por buenas obras. La historia religiosa de la nación francesa, aquélla de los regímenes que se han sucedido después de 1789, ha sido escrita por sabios cuyos nombres no necesitamos enseñar a nuestros lectores.

3.º Para toda monografía seria, la impresión está moralmente asegurada, sea en alguna revista local o regional, sea en esta revista, sea en la Biblioteca de historia eclesiástica de Francia. ¿Y por qué no esperar la fundación de una pequeña biblioteca donde serían publicadas las estadísticas, resumida la vida religiosa de cada provincia eclesiástica y de algunas vicarías foráneas y parroquias típicas? Ninguna empresa podría entrar más exactamente en los objetivos que interesan la verdadera historia de la Iglesia en Francia.

COMO CONCEBIR EL ESTUDIO DE LA RELIGIOSIDAD RURAL

Tres verdades brillan en los informes por encima de todas las otras:

1.º La parroquia es un mundo viviente;
2.º La parroquia es una persona jurídica;
3.º La parroquia es un ser histórico.

Tales serán los temas de mi invitación a los estudios.

La parroquia, mundo viviente

La parroquia es un mundo viviente. M. Lesort la ha llamado con una oportuna insistencia: "Colectividad real..., diversas categorías de habitantes, que es necesario escrutar uno después de otro".

Nosotros somos muy inclinados a considerar los cuadros, más que la vida y las visiones que por esta tendencia: *Capitulum, collegium, paroecia nomina sunt intellectualia, anima carentia*. A consecuencia de este nominalismo, muchos historiadores (o mejor cronistas) tratan la parroquia como una abstracción, sin tener en cuenta sus elementos múltiples. Ellos cuentan las edades de Guerbois o de Guerpré como entidades astrales.

"Guerpré recibió el Concordato con vivo alivio... En los años que siguieron, la parroquia recuperó poco a poco sus hábitos religiosos, y los misioneros de la Restauración, que la encontraron fiel en su mayoría, solamente reafirmaron, en su parte fría, los sentimientos cristianos. Después, el Espíritu del mal sopló. A continuación la tradición recupera su imperio". Tales frases bastarían para condenar el manuscrito de 635 páginas que me ha entregado un autor del que yo estimo su ciencia teológica. "¿Dónde encontraré yo —me escribe— los 7.000 francos que exige mi editor? —Proscriba, le respondí yo, los clisés de sacristía, los sermones desedificantes, las polillas y salamandras de erudito replegadas en su mortaja, y no le quedarán sino 35 páginas".

A la inversa de estos creadores de hipóstasis, practiquemos el método realista.

Una parroquia es un pueblo, *plebs,* alrededor de la iglesia, bajo el gobierno de un párroco. Este pueblo ofrece una cierta unidad de costumbres, de vestidos, de lenguaje; pero él está siempre formado por clases o a lo menos diversas profesiones, cada una de las cuales está compuesta por hombres vivos. En las casas de campo, agrupados en caseríos o aislados, en medio de grandes, medianas o pequeñas propiedades, están los campesinos, muchas veces pacientes y metódicos, los viñateros individualistas, los ganaderos que son medio comerciantes. En las aldeas: los funcionarios un poco aciudadanados, el herrero, el salchichero, el carnicero, el especiero, el zapatero y el presidente de un sindicato, el cantinero del que yo quiero escribir sus fastos. En la parroquia reside siempre un cura que no es nunca el que se ha visto en las novelas o en la escena. Entre la aldea y el campo esos caminos tan bien auscultados por Roupnel.

entre el campo y las ciudades, esos pasillos de caminos y de ríos, por donde llega el espíritu del siglo.

Todo lo que yo acabo de decir es todavía un tanto general. El primer cuidado de un historiador de la parroquia debe ser inspeccionar cuidadosamente todo el territorio, consultar el catastro y los planos del estado mayor, hacer mapas de las culturas y de las habitaciones, la curva demográfica, el cuadro político, la lista nominativa de habitantes, con mención de su estado civil, familiar y profesional. Pues el presente es el más actual capítulo de la historia; y el pasado, aunque no es solamente su prefacio, es sin embargo su prefacio; y el primer paso de un historiador debe ser identificar las realidades de las cuales él va a describir las vicisitudes, partir de lo conocido para remontarse hasta los orígenes. Cuando él haya terminado ese recuento profano, hará el recuento religioso. El se preguntará: ¿cuál es la actitud religiosa de cada uno de los individuos clasificados en el cuadro de habitaciones y sobre todo de profesiones? ¿Cómo se cumplen los cuatro actos del conformismo estacional: bautismo, primera comunión, matrimonio, funerales; los dos actos de la práctica regular: misa dominical, comunión pascual; los actos de la devoción: comunión frecuente, reunión de confraternidades, asistencia a las vísperas? Lo mismo que en la encuesta profana, no tomar las cifras por múltiplos de un tablero de ajedrez; observar cada uno de los personajes. Nuestros libros están llenos de verdades, y también de ilusiones sobre la piedad de nuestros padres y la impiedad de los contemporáneos; yo diría, teniendo en el espíritu imágenes precisas: hay cantineros devotos y devotos que no serían dignos de ser cantineros.

Geografía humana, estadística religiosa y profana, psicología de los oficios y de los individuos, un buen historiador de la parroquia debe agotar todos los recursos de estas diversas ciencias en cinco o seis autores escogidos: Vidal de la Blanche y Juan Brunhes, Eduardo Jordán y Pedro Deffontainnes, Andrés Siegfied y Marcos Bloch le darán el gusto y el primer conocimiento.

Deberá también penetrarse del encanto, de la poesía de los lugares y de los hombres cuyo pasado quiere describir. Al mismo tiempo que a los técnicos, leerá a José Pesquidoux, Emilio Verhaeren y Francisco James, persuadido que para comprender, no basta conocer, es necesario también sentir y presentir.

La parroquia, persona jurídica

La abstracción literaria, la abstracción teológica están fuera de lugar en una historia parroquial. Pero hay otra abstracción, necesaria, y sin embargo despreciada: la abstracción jurídica.

La parroquia es algo más que hombres vivos, que monumentos visibles, que almas individuales. Es indispensable reunir todos los elementos. Pero es el derecho el que determina su lugar en la organización parroquial. Una iglesia no es una parroquia, un pueblo no es una parroquia. Pero si la iglesia está dedicada a ese pueblo, entonces hay parroquia. La parroquia quizás pierda su autonomía; mientras dure el vínculo, la parroquia subsiste. Ese vínculo está constituido por todas las obligaciones jurídicas, sean espirituales o temporales, del feligrés hacia su iglesia. Y la iglesia tiene también su estatuto jurídico, y lo tienen también

el cementerio, y el párroco, y los vicarios, y la fábrica, y las sociedades. La parroquia misma es una persona jurídica. *Ecclesia est universitas, ecclesia est quoddam individuum.* Ella forma un centro de intereses, y tiene una capacidad comparable a la de un individuo.

¿Por qué he recordado estas verdades elementales? Porque todas las monografías parroquiales que yo he leído, salvo una media docena, pecan de desconocimiento del derecho canónico. Los problemas capitales, que no podemos resolver sino con estudios locales, como la iniciación de la construcción, el nombramiento del cura, pasan inadvertidos. La ignorancia del lenguaje técnico induce al error o a la imprecisión.

El canónigo Le Picar, *doctor in utroque,* señala la infinidad de problemas jurídicos que constituyen la trama de la verdadera historia de la parroquia, por oposición a la crónica del pueblo. La parroquia es, en el fondo, una reglamentación estatuaria, con un fin espiritual. El año pasado, uno de nosotros no pudo, en treinta lecciones, exponer en la Facultad de Derecho, sino los principios esenciales de la organización parroquial. Parecida meditación de treinta horas no es suficiente para profundizar los modos de nombramiento del cura, la condición de los bienes eclesiásticos o la naturaleza del patronato.

El estudio de la parroquia, por lo tanto, no debe ser abordado, sino después del estudio de la terminología jurídica. No un curso de doctor, sino la lectura de un buen guía (1).

---

(1) En Chile tenemos dos obras muy recomendables: "Derecho Práctico Parroquial", por Gonzalo Arteche (1934), e Iván Larraín, "La Parroquia ante el derecho civil chileno" (1956). N. del T.

La parroquia, ser histórico

El gran arte del historiador de una parroquia es evitar a la vez la sequedad del jurista puro y la imprecisión del mero cronista. Método realista y rigor jurídico deben unirse en el estudio de esta persona histórica, la parroquia cristiana. Todas las instituciones locales interesan a causa de su largo pasado. En todas las parroquias, su evolución ha sido análoga. Y los grandes acontecimientos de la historia han tenido, sin duda, su repercusión. Hay una historia universal de la parroquia. Lo cual nos conduce a otra verdad capital: la parroquia es una Iglesia en pequeño, en la cual repercuten, se reflejan, todos los movimientos de la Iglesia Universal, y que a veces provoca, redobla estos movimientos. *Paroecia quasi ecclesiola.* Desde aquí el plan general de toda monografía nos está trazado. No se trata de seguir al azar la lista de párrocos o los acontecimientos temporales. Se trata de seguir, en el microcosmos parroquial, los reflejos de la gran historia, operar la conexión íntima de lo general y de lo particular.

Los temas del drama están en la antigüedad, aún antes de que la parroquia haya nacido, de que una iglesia se haya edificado. Ella se eleva en una tierra pagana, muchas veces sobre un antiguo suelo sagrado: el genio indígena ha sido vencido por los santos; pero las fuerzas hostiles quedarán vivas hasta el fin de los tiempos; la lucha entre la fe, la moral, la disciplina cristiana, y la superstición, la licencia, la incoherencia rústica no hacen sino comenzar. En el seno mismo del grupo nuevo, el conflicto es inevitable entre el *místico* y el *temporal*. *"Paroijéin"*, morar en tierra extranjera: la parroquia es una caravana en marcha hacia la tierra prometida. Su fin es todo espiritual. Pero una

caravana ¿puede vivir de arena y de canciones? La parroquia tiene necesidad de recursos que la atan al mundo, que desvían a veces la mirada de los jefes, multiplicando las codicias. En fin, en la Iglesia universal, la nueva comunidad, como todo ser vivo, oscilará entre el deseo de independencia y la necesidad de solidaridad, impaciente de liberarse de la Iglesia-madre e inquieta de su propia libertad.

COMENTARIO SOCIOLOGICO DE LOS MAPAS RELIGIOSOS DE FRANCIA

El mapa de la práctica religiosa en el campo francés, publicado por el canónigo Boulard, de acuerdo con sus estadísticas y las mías, muestra vivo el contraste entre vastas zonas de observancia, y otras, más vastas todavía, de conformismo estacional que lo salpican de archipiélagos de comunas en vías de completa descristianización. Así se traduce, a nuestros ojos, el aspecto *territorial* de la sumisión a los preceptos eclesiásticos.

Si nosotros pudiéramos un día establecer los mapas de la práctica religiosa por clase social, en la ciudad y en el campo, también nos aparecería un contraste notable entre la burguesía y el proletariado: las actitudes sufrirían la incidencia del nivel y del modo de vida.

En fin, el mapa de la observancia de los hombres y de las mujeres precisaría un último contraste, que deja adivinar el papel de la naturaleza y de las costumbres.

Tan sorprendentes dualismos acusan el carácter social de la práctica religiosa (que no es sino el elemento contable del cristianismo). Territorio, clase y sexo nos predisponen a una actitud determinada, y nuestra libertad juega en la encrucijada de las solicitaciones.

Solamente el primer contraste, aquél de las regiones, retendrá hoy día nuestra curiosidad.

¿Cómo explicar ese fenómeno extraño que una línea de árboles, de aguas, de altura, separe inmensos territorios en que las iglesias están llenas, de otros en que están vacías? ¿Y cómo explicar, en el interior de esos reinos, la diversidad de cantones y de parroquias?

Estas fronteras, de apariencia natural, son en realidad móviles y de profundidad desigual. La observancia era general bajo el Antiguo Régimen: la Revolución ha creado zonas de simple conformismo, que se han agrandado sin cesar y, en parte, ahondado. Por eso el problema que abordamos pertenece a la historia: ¿por qué el flujo de indiferencia ha avanzado hasta tal punto, y qué obstáculos lo detuvieron? El equilibrio de fuerzas explica estas posiciones. Entre la tradición cristiana y la civilización pagana, el conflicto, violento durante siglo y medio, se resuelve por el triunfo o la derrota en grandes frentes. El resultado depende de los medios de la Iglesia, de las condiciones étnicas, históricas, sociales, de los contactos.

* * *

Consideramos el dominio del *conformismo estacional*. En las regiones centrales y mediterráneas, que él cubre, el reclutamiento del clero, difícil durante mucho tiempo, se hace ahora casi imposible. ¿Cómo un solo sacerdote, muchas veces sexagenario, cuidará 3, 4, 5, 6 parroquias de las que está encargado y el débil rebaño de fieles a los que él no puede siquiera asegurar la regularidad de las misas y de los catecismos? ¿Cómo atraerá al culto a la juventud que es invitada por el baile y el cine? ¿Y en cuántas parroquias la enseñanza metódica se podrá dar a los fieles?

La baja de efectivos clericales se acompaña de una disminución de religiosos: pocos sacerdotes y monjas para educar los niños, cuidar los enfermos, ejercitar la beneficencia. No es posible imaginar, en estas tierras frías, una floración de obras: escuelas y patronatos, cine y ping-pong, terceras órdenes y confraternidades. Faltan el personal y el financiamiento. El sacerdote aislado, agobiado, no tiene esperanzas de reconquistar ni aun de conservar el rebaño.

Un clero suficiente en número y calidad es la primera condición de toda organización católica. Sin culto, no hay fieles. Sin enseñanza, no hay ciencia. Y si las obras faltan, en nuestro mundo gregario, no habrá élites ni perseverancia. Todo historiador lúcido, aunque sea incrédulo, comprenderá mejor que el más sumiso de los devotos, la preocupación fundamental de los obispos: repoblar los seminarios.

Se trata de saber por cuáles razones los seminarios han declinado en una cincuentena de diócesis vecinas. En verdad, la curva de la práctica religiosa había bajado antes que la de los clérigos que ella presagiaba, y que hoy día agrava tan desesperadamente. Las regiones centrales y mediterráneas han resistido mal el choque de la Revolución. ¿Por qué esta debilidad?

La psicología colectiva sugiere una primera explicación. Los habitantes de la Champaña, Borgoña, Gascoña, Provenza, Languedoc, evocan escepticismo, ironía, bienestar terrestre, más que fe grave y tendencia hacia el cielo. Los territorios que ellos habitan tienen generalmente un suelo generoso, que produce viñas y que, hacia el mediodía, recalienta el sol. Una vida fácil hace menos útil el más allá. Cada población debe ser examinada sin diagnóstico previo, sin prejuicio literario.

Lo cierto es que hay pueblos casi insensibles a lo sobrenatural: se podría buscar el origen de esta indiferencia.

Aquí comienza la historia de las tradiciones regionales. La cartografía histórica será la mejor auxiliar de nuestra encuesta: mapas de evangelizaciones sucesivas, de reparticiones de grandes abadías y de sus tierras, de la difusión de las herejías, de las actividades revolucionarias. Estamos tan lejos de este atlas tan deseado, que debemos limitarnos a simples observaciones y conjeturas. Centros de edificación en los tiempos de fervor, las grandes abadías han desedificado a los espectadores de su decadencia; en general, ellas han administrado muy mal sus parroquias; sobre todo ellas han suscitado la envidia de los campesinos, y la venta de sus tierras ha multiplicado los enemigos de su restauración, que entraba en el programa de la Iglesia concordataria. Pues, las más suntuosas de estas mansiones florecieron en Borgoña, en Turena, en Champaña, en las regiones hoy día alejadas de la Iglesia. Estas son todavía las regiones que figuran en los mapas de los albigenses, del protestantismo, accesoriamente del jansenismo. Ellas corresponden muy bien a los mapas (fragmentarios) de los juramentados, de las sociedades populares durante la Revolución.

La estructura social de estas regiones inobservantes se caracteriza por el relajamiento del vínculo familiar y la debilidad de las autoridades sociales. Tierras de individualismo y de igualitarismo, donde los padres y las autoridades ejercen poca influencia. La historia, muy difícil, de esos caracteres sociales, ha sido emprendida con inteligencia. Ella nos dará la clave de fenómenos cuya amplitud sobrepasa en mucho nuestra encuesta.

Todas estas historias están ligadas a las de los contactos. La atracción y la irradiación de las grandes ciudades favorece la extensión de la civilización profana. Las zonas de inobservancia están en el radio de París, de Burdeos, de Tolosa, de Marsella, de donde se propagan las ideas y los hombres, y que atraen emigrantes. El estudio minucioso de estas propagaciones y de estas propagandas estará lleno de enseñanzas. Nosotros no podemos sino indicar los principales capítulos, para el uso de los investigadores: acción de invernantes o veraneantes, salidos de las grandes ciudades y a la inversa; acción de campesinos que, para siempre o por una estación, se transportan a París o a Lyon; extensión y profundidad de los grandes diarios y periódicos; crédito de la radio; prestigio de jefes políticos y religiosos.

Desde las causas próximas, nos hemos remontado hasta las causas profundas que las explican. Se comprende que poblaciones naturalmente tibias, rebeldes por mucho tiempo, sacudidas por el choque de la nueva civilización, se inclinen hacia la indiferencia, el individualismo y produzcan pocas vocaciones eclesiásticas.

El desvanecimiento de las creencias y de las formas se produce sin gran esfuerzo de propagandas contrarias. Basta que el Estado neutro rechace toda adhesión de principio y todo subsidio. Que sociedades hostiles reúnan la juventud o los adultos, que una afluencia de obreros modifique la composición del grupo rural: la caída se acelera, se agrava.

* * *

Las zonas de *observancia regular* están casi todas a distancia de los centros de la civilización

moderna, protegidas por la lejanía, por la latitud o por el bosque. Bloques del Oeste, del Este, del Norte, del Sudeste, del Sudoeste: el cristianismo resiste a las fronteras. Una línea de bosques, que anuncia habitaciones dispersas, poca cultura, mansiones, bordea el gran macizo del Oeste. La montaña separa la Alsacia, aisla muchas diócesis en el macizo central en Saboya, en el Franco-Condado.

Si la naturaleza preserva un tiempo la costumbre, ella contribuye también a explicar el espíritu de sus habitantes. Bajo un horrible fárrago de literatura, subsiste la verdad de que el bretón, el vasco, el rouergat tienen un sentimiento de la muerte y del más allá que les diferencia de sus vecinos de las llanuras. En estos países predestinados por la geografía y por la etnografía, los cuadros sociales subsisten. La familia es todavía vigorosa, aunque minada, en Flandes, en Bretaña, en el país vasco, en Alsacia y en el Franco-Condado, por todas partes donde reina la observancia: pocas uniones libres y divorcios, una fecundidad ordinaria superior a la mediana, y, sobre todo, un resto de autoridad que permite a la madre, y a veces al padre, dirigir la educación y las decisiones de sus hijos. Las jerarquías sociales se mantienen en algunos cantones del Oeste y del Norte: propietarios y grandes patrones que, con el ejemplo y la fortuna, mantienen la tradición cristiana. Tradición fuerte, que una resistencia eficaz a las crisis de los siglos XIII, XVI y XVIII ha confirmado. Ni cátaros, ni protestantes, ni aún jansenistas pusieron pie firme en todos esos sitios, donde el Terror y el laicismo han suscitado batallas, reforzando las posiciones antiguas.

Sacerdotes y religiosos llenan seminarios y co-

munidades. Las obras florecen: escuelas, patronatos, grupos de Acción Católica. Sin esos cuadros, el retroceso no tardaría en producirse. La práctica cristiana tiene siempre necesidad de defensa, porque ella está amenazada en todas partes. Mientras más se aproxima a la unanimidad, sus bases son más frágiles; pues el respeto humano las cimenta. De ahí el cuidado de los obispos de mantener y de desarrollar la educación que justifica los hábitos. Estas zonas habrían ya perdido su cohesión si una red de maestros, de capellanes, de militantes no hubiera sostenido un combate cotidiano.

INDICE

Sociología religiosa 5
El mapa religioso de Chile 11
La dimensión geográfica 17
La dimensión histórica 46

A P E N D I C E

Introducción a la encuesta 59
Esquema para el estudio de una diócesis 62
Como concebir el estudio de la religiosidad rural ... 65
La parroquia, mundo viviente 65
La parroquia, persona jurídica 68
La parroquia, ser histórico 70
Comentario sociológico de los mapas religiosos de Francia 72

DATE DUE

[redacted]			
[redacted]			

EDICIONES PAULINAS

Colección "Presencia"

Mons. Pedro Paván: EL APOSTOLADO DE LOS LAICOS EN EL MUNDO MODERNO.

R. de Papiol: EL PROTESTANTISMO ANTE LA BIBLIA.

P. Olgiati: SILABARIO DEL CRISTIANISMO.

A. Cox, S. I.: CURSO TEOLOGICO PARA LAICOS (Biblia y Tradición).

S. Alberione: ELEMENTOS DE SOCIOLOGIA CRISTIANA (agotado).

R. Housse: LOS MISTERIOS DE LA CREACION.

Mons. Manuel Larraín: EL MINISTERIO DE EVANGELIZACION.

(Otros títulos en preparación).

Colección "Amor y Hogar"

M. M. Desmarais: EL AMOR EN LA ERA ATOMICA.

R. Plus: HACIA EL MATRIMONIO.

M. M. Desmarais: ADAN Y EVA EN EL MUNDO DE HOY.

(Otros títulos en preparación).

Librería San Pablo (ex Splendor) — Av. B. O'Higgins 1626 — Casilla 3746
Santiago de Chile.


HN39.C5 M96
Sociologia religiosa de Chile
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00219 3334


EP